

Coalición:
antes de decidir,
**hay que pasar
por el diván...**
escribe César García Acosta

LOS MAREADOS DE LA POLÍTICA: CUANDO LA COALICIÓN SE CONFUNDE CON LA FUSIÓN

Entre la resaca emocional y el delirio. El Gobierno insiste en equiparar la alianza electoral con la unidad de poder, mientras la realidad se desdibuja.

escribe **Daniel Manduré**



La gata japonesa que incomoda a Xi Jinping. **Eduardo Irigoyen García**

El FA está de acuerdo con Donald Trump. **Ricardo Acosta**

Antes de decidir, hay que pasar por el diván...

El expresidente Luis Lacalle Pou, en tonalidad de candidatura única para los blancos, reapareció públicamente este domingo 9 de agosto de 2026 en la histórica Plaza Matriz de Montevideo, reuniendo a su militancia en el marco del acto central por la conmemoración de los 190 años del Partido Nacional (un hito histórico que la convocatoria consignó formalmente como el aniversario de la colectividad). En un escenario cargado de mística blanca, donde se exhibió la emblemática «cachila» de 1937 de Luis Alberto de Herrera, el exmandatario rompió meses de bajo perfil mediático para brindar un discurso de fuerte corte conceptual, ético y de proyección interna.

A continuación, la crónica política de una jornada marcada por el retorno del líder nacionalista al llano de la militancia.

El baño de masas y el «paso de selfi» La soleada mañana invernal en la Plaza de la Constitución (popularmente conocida como Plaza Matriz) comenzó a vibrar desde temprano con caravanas militantes procedentes de todo el país. Ponchos, pañuelos y boinas blancas dominaban la escena frente a la Casa del Partido Nacional. La llegada de Luis Lacalle Pou alteró el cronograma previsto: demoró largos minutos en alcanzar el escenario debido a lo que crónicas periodísticas como la de La Diaria definieron como un avance a «paso de selfi». Entre gritos de «¡presidente, presidente!» y pedidos de fotografías, el exmandatario debió apurar el paso hacia el estrado advirtiendo, entre risas, que debía llegar a cantar el Himno Nacional.

Balance de gestión: «Tranquilo, satisfecho, no conforme». Al hacer uso de la palabra para el gran cierre del evento, precedido por el presidente del Directorio blanco, Álvaro Delgado, Lacalle Pou marcó su posición actual en el tablero político: «Hoy llego como militante del Partido Nacional, en el llano, entre ustedes, donde me gusta estar».

Evitando entrar en las rispideces de la coyuntura diaria o en alusiones directas a una candidatura para las elecciones de 2029, prefirió realizar una síntesis humana del legado de su administración (2020-2025):

Evaluación personal: Declaró sentirse «tranquilo» y «satisfecho», pero «no conforme».

Aciertos y errores: Reconoció que, como toda obra humana, cometió equivocaciones, pero defendió que el fin último de su gestión fue siempre el bienestar de los compatriotas.

Humanismo: Definió a su mandato en la Torre Ejecutiva como un gobierno profundamente humanista y justo.

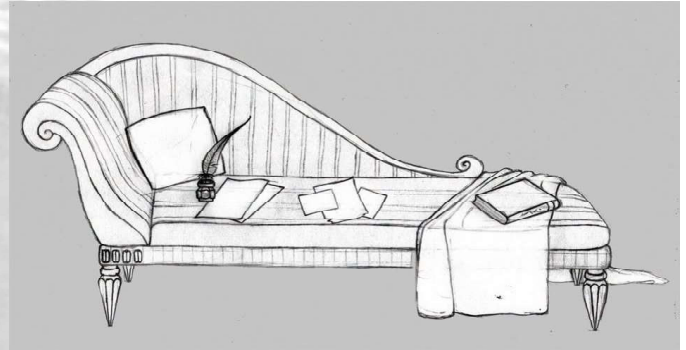
El replanteo de la libertad y la justicia social- Uno de los pasajes más profundos y comentados de su oratoria en la cobertura periodística fue lo que El Observador centró como la evolución de su concepción sobre la libertad. Lacalle Pou aseguró que con los años se ha vuelto «cada vez menos ortodoxo» en la práctica.

En una reflexión central, vinculó la libertad a la justicia social, citando la necesidad de «tratar desigual a los desiguales», alejándose de posturas ortodoxas. Además, diferenció el poder formal del poder moral (autoridad).

Mirada al futuro: Inteligencia Artificial y tono político. Mirando hacia el futuro, instó a la dirigencia a no temer a la inteligencia artificial, sino a utilizarla para acelerar los

tiempos de la política. En un mensaje hacia la interna electoral, enfatizó en cuidar las formas y el tono del debate, con la máxima de «no lastimar» para evitar fracturas sociales. **El cierre: «Las nubes pasan y el azul queda».** El acto concluyó con un cierre simbólico, donde Lacalle Pou citó la frase: «Hoy me levanté temprano, miré para arriba y dije: las nubes pasan y el azul queda». El evento cerró con música de Lucas Sugo, mientras su padre, el expresidente Luis Alberto Lacalle Herrera, destacó la profundidad de las ideas planteadas para el futuro del partido.

Lacalle Pou no hizo referencias explícitas en su oratoria a la ingeniería electoral de la Coalición Republicana. El núcleo de su intervención estuvo enfocado de manera



conceptual en la interna blanca, los valores éticos, la autocrítica y la defensa del humanismo de su gestión.

Sin embargo, las menciones a la coalición surgieron inmediatamente después en el mismo evento:

Luis Alberto Lacalle Herrera en rueda de prensa: Al finalizar el acto, el expresidente e histórico líder herrerista sí abordó formalmente el plano de las alianzas. Explicó que los valores dejados por su hijo servirán de base para construir «lo electoral» hacia 2029 y explicitó que la **Coalición Republicana podrá evaluar competir unida desde octubre o repetir el esquema tradicional** de partidos separados en primera vuelta y alianza en noviembre.

Mensaje implícito de unión: Aunque Lacalle Pou evitó las palabras «coalición» o «fusión», todo su entorno político interpretó que sus constantes llamadas a la «unión», a no lastimar y a erradicar los egos de la campaña electoral operan como las bases de convivencia necesarias para mantener cohesionado el bloque de cara al futuro.

El diván como fuente de inspiración política pasa -de aquí en más-, a ser un punto clave de intersección del accionar político variopinto de los partidos. Los partidos son instrumentos al servicio del bienestar general. Si pretenden mantenerse al menos vigentes, **deben ajustarse a la realidad y dejar para el diván de los sicólogos la crisis identitaria de tener que votar juntos, en modo coalición.** Antes competían por un electorado que fue repartiéndose en dos mitades dejando en franca desventaja a quien no se coaliga, porque en el mejor de los casos se podrá ganar una elección por jamás construir las necesarias mayorías circunstanciales para que el parlamento logre que el país funcione.

Cuando como sujetos interesados escribamos columnas de opinión, o conversemos en una charla de café, o participemos desde una lista colorada y batllista, **reflexionemos sobre la mística del diván a la que aludimos en esta nota**, y reivindicemos, con mucha más convicción, que el pequeño país modelo existe gracias a José Batlle y Ordóñez, y al sacrificio de Baltasar Brum. Apenas con eso alcanzará para que se mantenga encendida la llama ideológica del partido de la Defensa: el Partido Colorado.

La coalición no pone en peligro la ideología. Ni los blancos serán más blancos, ni los colorados más colorados, si el Frente Amplio se perpetúa en el gobierno por una acción poco inteligente que haga perder votos y espacios parlamentarios por aplicar una ingeniería electoral trasnochada.



Cesar GARCÍA ACOSTA
Editor del semanario **OPINAR**
Técnico en Comunicación Social

CONTENIDOS

Redactor Responsable
Tos César GARCÍA ACOSTA.

Domicilio:
Martín C. Martínez 1630/401
Montevideo-Uruguay

Teléfono:
098686686

Registro MEC
N° 2169/07, Tomo VI, fs. 388

Registro de Ley de Imprentas

Web: opinar.com.uy

Contacto:
cesargarciacosta@gmail.com

2 Antes de decidir, hay que pasar por el diván... **CESAR GARCÍA ACOSTA** 3 Los mareados. **DANIEL MANDURÉ** 4 El FA está de acuerdo con Trump **RICARDO ACOSTA** 5 La gata japonesa que incomoda a Xi Jinping **EDUARDO IRIGOYEN GARCÍA** 6 Arcos digitales, seguridad y derecho a la privacidad **MARCELO GIOSCIA** 6 Calidad educativa por la supervivencia humana es una tarea de todos **DAVID AURIS VILLEGAS** 7 Frente Amplio, el impulso y sus frenos **EDUARDO FAZZIO** 8 La era del tigre **GUZMAN A. IFRAN** 9 El gobierno pide una mano y recibe un robot **PABLO CAFFARELLI** 10 ¡Al trabajo y adelante! **CRONICA DEL LIBRO** 10 Deseos y angustias humanas: entre un pasado perdido y un futuro utópico **CLAUDIO RAMA** 11 Sobre cándidos y tartufos **JORGE NELSON CHAGAS** 11 El problema del estado uruguayo (8) **JORGE NELSON CHAGAS** 12 Invasión en el fin del mundo **LORENZO AGUIRRE** 13 Cuando digan ¿consultamos? que digan a quienes y qué dijeron **ZÓSIMO NOGUEIRA** 14 La Retórica del Vacío Argumental **ORLANDO ALDAMA** 16 La libertad responsable y el estado batllista **GUSTAVO GÓMEZ RIAL**





Daniel MANDURÉ
Convencional del PC.
Fue Edil por Montevideo

Hay un viejo tango, immortalizado como «Los mareados» cuyos protagonistas terminan confundiendo la realidad bajo los efectos del mareo. Dicen que el tema retrata metafóricamente la resaca emocional y la confusión. A veces da la impresión de que algo parecido ocurre cuando se insiste una y otra vez en equiparar una coalición con una fusión. Prefiero pensar que es producto de la confusión, del mareo dialéctico o del fervor al momento de defender ideas y no de la mala intención. Me parece enriquecedor que en un partido existan posturas diferentes. No hay que cercenar la discusión, por el contrario, hay que alentarla siempre. Mientras se haga con altura, respeto y argumentos, porque eso nos fortalece. Lo que no se puede hacer es atribuirle al que no piensa igual que uno, intenciones degradantes. Hay, a mi entender, un gran error conceptual. O tal vez picardía política.

Ni en el derecho comparado ni en la ciencia política ni en las democracias más consolidadas eso es así. Son diferentes tanto por su naturaleza jurídica como por sus efectos políticos. Una coalición es un acuerdo entre partidos que



conservan su identidad. Una fusión supone la desaparición de esas identidades. La extinción de esas fuerzas políticas sustituyéndola por otra.

En una fusión desaparecen las estructuras de los partidos, se sustituye la identidad original de cada uno por otra nueva. En una coalición nada de eso ocurre, es un acuerdo donde cada partido conserva su identidad. Cada grupo mantiene su patrimonio, su dirigencia, sus afiliados y su rica historia.

Partidos diferentes que, con sus propios símbolos, identidad, principios, autoridades forman parte de un gran abanico republicano denominado coalición. Parece mentira tener que andar explicando estas cosas.

Se dice una y otra vez, se repite casi que, como una verdad revelada, que con la coalición se termina la identidad partidaria. La historia demuestra exactamente lo contrario. La historia demuestra que un partido puede perder su identidad sin haber integrado nunca una coalición. Hay ejemplos varios de dirigentes o sectores que se han desdibujado totalmente, que han dejado por el camino su identidad, han abandonado sus principios, han olvidado sus tradiciones, han traicionado sus más preciados valores sin haber integrado nunca una coalición. Cambian el discurso para captar votos, no respetan el programa, con personalismos contraproducentes y la ausencia de liderazgos positivos.

Todo depende de nuestra lealtad y fidelidad con nuestras convicciones, garantizando reglas de juego claras y con la autonomía necesaria en aquellos puntos innegociables.

Las democracias más sólidas no son aquellas donde todos piensan igual. Son aquellas donde los partidos distintos son capaces de construir acuerdos sin dejar de ser quienes son. La coherencia no consiste en pensar exactamente lo mismo toda la vida. Eso sería más parecido al dogmatismo que a la coherencia.

Los mareados

Es saber adaptarse a los cambios que el nuevo tiempo exige sin abandonar nuestras creencias. Por las que siempre lucharemos.

El politólogo Giovanni Sartori, explicaba que las democracias producen de manera natural la necesidad de alcanzar acuerdos entre partidos diferentes. Porque es precisamente por esas diferencias que existen las coaliciones. Sería hasta tonto pensar en coaliciones si todos pensarán igual. Allí carecería de sentido sentirse a negociar.

Norberto Bobbio decía que la democracia no consiste en eliminar el conflicto. Sino en transformar las diferencias en reglas de convivencias claras y acuerdos justos, legítimos e inteligentes.

Duverger, el politólogo francés, en su obra «Los partidos políticos» en 1951 explicaba que cuando existen partidos relevantes, la formación de coaliciones en busca de mayorías suficientes es una respuesta normal del sistema político. Los acuerdos no eliminan la competencia entre sí por el liderazgo o la conducción de esa coalición. Donde esas mayorías pueden ir cambiando.

La experiencia comparada en el mundo confirma esa realidad.

Se insiste en ver fusión en donde toda Europa, el mundo académico, la práctica democrática moderna y la legislación comparada ven acuerdos.

Sería importante, para poder discutir con honestidad intelectual llamar a cada cosa por su nombre.

Abundan los casos en el mundo que lo demuestran con meridiana claridad.

En Francia se constituyó en Nuevo Frente Popular reuniendo a distintos partidos de la izquierda francesa, sin fusionarlos.

En España coaliciones como SUMAR integrada por varias fuerzas que comparecieron juntas en las elecciones, pero cada una mantuvo su propia organización. Incluso algunas de esas fuerzas políticas decidieron volver a competir separadamente en determinados territorios sin perder en ningún momento su identidad.

En Alemania la Unión Democrática Cristiana y la Unión Social Cristiana concurren juntas desde 1949. Son dos partidos diferentes con estructuras diferentes, pero actúan juntas.

En Italia es frecuente que varios partidos formen coaliciones electorales antes de las elecciones. Así sucedió con la coalición de centro derecha y con coaliciones de centro izquierda.

En Países Bajos donde el sistema es muy fragmentado prácticamente todos los gobiernos son de coalición entre partidos diferentes. En países nórdicos como Suecia o Finlandia pasa lo mismo.

Si bien por la ley de lemas nuestro país tiene particularidades que hay que tener en cuenta, no hay nada que impida buscar los mecanismos normativos y electorales que permitan comparecer juntos.

Los hechos son elocuentes.

En el Frente Amplio y medios de comunicación ideológicamente afines seguramente se regocijan con estas discusiones y contribuyen agregando más leña al fuego intentando agregar mayor confusión. Lamentablemente algunos dirigentes parecen seguirle el juego.

Algunos dirigentes hoy no coalicionistas acompañaron la postura de su líder político en el pasado y otros hicieron silencio cuando ese gran líder respaldó e hizo campaña por candidaturas de otro lema en determinadas elecciones departamentales y no acompañó a los candidatos dentro de su propio lema. Para algunos, un gran error, para otros con acierto. Otros permanecieron callados. Lo que si tal vez esos dirigentes deberían explicar porque está bien eso y apoyar hoy una coalición es casi que una amenaza a la existencia misma de una divisa. ¿Por qué si la identidad partidaria sobrevivió al acompañar al candidato departamental de otro lema, no sobreviviría en una coalición republicana?

Las coaliciones no son una renuncia a la identidad. Son una prueba de la madurez democrática. Solo quienes confían en su origen, en su historia, en la firmeza de sus ideales, en la fortaleza de su identidad, pueden sentarse en una mesa de diálogo a acordar con seguridad, tranquilidad de conciencia y sin temor de perder esos valores.

Defender ideas sí, pero no marear al electorado.

EIFA está de acuerdo con Trump

Ricardo ACOSTA CALVO
Periodista



Hay algo que llama la atención en la política exterior del Frente Amplio y que merece ser señalado. No porque Uruguay no deba hablar con Estados Unidos. Todo lo contrario. Un gobierno tiene que dialogar con todos, incluso con aquellos gobiernos cuyas decisiones cuestiona. El problema aparece cuando el discurso político de una fuerza que durante años fue muy crítica de Washington empieza a encontrarse con una realidad bastante diferente cuando esa misma fuerza llega al gobierno. En mayo de este año, el Frente Amplio volvió a cuestionar con dureza la política de Donald Trump hacia Cuba. Habló de injerencia, de hostigamiento y reclamó respeto por la soberanía y la autodeterminación de la isla. No era algo nuevo. La posición del Frente Amplio sobre Cuba y las políticas de Estados Unidos es conocida y forma parte de una larga tradición política de la izquierda uruguaya. Hasta ahí, todo claro.

Pero ahora hay una situación que obliga, por lo menos, a hacerse algunas preguntas. El gobierno de Yamandú Orsi lleva meses conversando con la administración de Donald Trump sobre la posibilidad de que Uruguay reciba personas deportadas desde Estados Unidos. El propio presidente reconoció esta semana que las conversaciones existen y que vienen desarrollándose desde hace meses. También aclaró que no hay un acuerdo cerrado. Entre las personas que podrían llegar a Uruguay aparecen ciudadanos cubanos. Y ahí la cuestión deja de ser simplemente migratoria. No es nuestra intención entrar en el debate sobre si Uruguay debe o no recibirlos, ni discutir la situación particular de quienes puedan ser deportados. Ese es otro debate y merece su propio análisis. Lo que nos interesa es algo diferente: la coherencia de la política exterior del Frente Amplio. Porque resulta difícil no advertir el contraste.

Por un lado, una fuerza política que cuestiona duramente a Estados Unidos por su política hacia Cuba y que reivindica la soberanía y la autodeterminación como principios fundamentales. Por otro, un gobierno encabezado por esa misma fuerza que mantiene una negociación con la administración Trump sobre un asunto delicado y que puede tener consecuencias importantes para Uruguay. Negociar con Estados Unidos no está mal.

Sería absurdo sostener lo contrario. Uruguay es un país pequeño y necesita tener relaciones abiertas con las grandes potencias, gobierne quien gobierne en Washington. Además, una cosa es tener diferencias políticas con Trump y otra muy distinta es dejar de defender los intereses uruguayos. El problema, entonces, no está en que Orsi converse con Trump.

Está en explicar por qué aquello que durante años fue presentado como una cuestión de principios parece admitir otra lectura cuando el Frente Amplio pasa de la oposición al gobierno. Porque gobernar cambia las responsabilidades. Eso es evidente.

Desde el gobierno hay que negociar, encontrar caminos posibles y tomar decisiones que muchas veces no tienen la comodidad de las consignas partidarias. Y eso, en realidad, no debería sorprender a nadie. Lo que sí debería hacer pensar es que el pragmatismo que aparece ahora también podría haber formado parte del discurso de antes.

La política internacional nunca fue solamente una cuestión de buenos y malos. Y mucho menos cuando se trata de países con los que Uruguay tiene intereses comerciales, diplomáticos y estratégicos. Hay, además, un episodio que agrega ruido a toda esta historia. El canciller Mario Lubetkin había señalado que Uruguay no había recibido una propuesta concreta de Estados Unidos. Posteriormente trascendió que Washington había entregado en julio un documento a la Cancillería relacionado con la recepción de deportados.

El gobierno sostiene que las conversaciones continúan y que no existe todavía un acuerdo. No es un detalle menor. Si existe una propuesta, si existe un documento y si las conversaciones llevan meses, la ciudadanía tiene derecho a saber qué se está negociando, en qué condiciones y cuáles son los límites que Uruguay pretende establecer. No estamos reclamando que una negociación diplomática se haga a través de los titulares de los diarios. Hay cosas que necesariamente deben manejarse con reserva.

Pero una vez que el asunto toma estado público, el gobierno tiene la obligación de explicar el criterio que está utilizando. Y acá aparece la pregunta que incomoda.

¿Dónde termina la diferencia política con Estados Unidos y dónde empieza la necesidad de negociar con él? Porque si el gobierno entiende que una cosa es cuestionar determinadas decisiones de Trump y otra muy distinta es mantener relaciones diplomáticas normales con Washington, perfecto. Es una posición razonable.



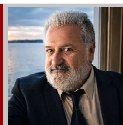
Si además entiende que Uruguay debe aprovechar cualquier oportunidad para defender sus intereses, mejor todavía. Pero entonces habrá que revisar algunas de las certezas con las que el Frente Amplio habló durante años sobre Estados Unidos.

No se puede reclamar soberanía y autodeterminación como principios absolutos en un caso y mirar para otro lado cuando la negociación resulta políticamente conveniente. Tampoco se puede convertir cada decisión de Washington en una prueba de imperialismo cuando se está en la oposición y, una vez en el gobierno, descubrir que con ese mismo Washington también hay que sentarse a conversar. Eso no significa defender a Trump. Tampoco significa defender la política estadounidense hacia Cuba. Y mucho menos significa que Uruguay deba romper relaciones con nadie. Significa algo bastante más sencillo: pedir coherencia.

El Frente Amplio tiene todo el derecho del mundo a cambiar de posición, a revisar sus argumentos y a actuar de acuerdo con las responsabilidades que implica gobernar. Lo que no puede pretender es que nadie advierta cuando existe una distancia entre lo que decía antes y lo que hace ahora. Quizás esta sea una de esas situaciones en las que gobernar obliga a abandonar parte de la comodidad del discurso y enfrentarse a una realidad bastante más compleja. Si es así, sería saludable reconocerlo.

Porque los principios son importantes.

Pero justamente por eso tienen que valer también cuando la realidad obliga a sentarse del otro lado de la mesa. Y esa es la pregunta que queda planteada: ¿el FA ahora está de acuerdo con Trump? Probablemente no. Pero está negociando con él. Y después de tantos años de discursos tan firmes sobre la política de Estados Unidos, creemos que el gobierno tiene derecho a negociar, pero también tiene la obligación de explicar por qué ahora esa relación merece una mirada diferente.



Eduardo IRIGOYEN
Periodista

Una gata fumadora, desprolija y escatológica está provocando más debate sobre la libertad, la disciplina y la censura que muchos ensayos académicos. Detrás de sus groserías y su caos cotidiano se esconde una de las sátiras más incómodas que ha producido el anime reciente. «Yani Neko» («Fumadora empedernida»), disponible en Netflix, escandaliza desde los primeros segundos. No pierde tiempo presentando una protagonista simpática ni construyendo una moraleja. Desde el comienzo queda claro que Yaniko, una gata antropomórfica, fuma sin parar, tira colillas por la ventana, duerme entre la mugre, putea y apenas sobrevive encadenando trabajos precarios de donde la viven despidiendo. Vive en un departamento mugriento, caótico, desordenado hasta el extremo, mientras el propietario del edificio la persigue una y otra vez para reclamarle un alquiler que casi nunca paga.

Yaniko no es una heroína y ni siquiera pretende ser una antiheroína elegante.

Es un desastre con patas. Y precisamente ahí reside gran parte de su fuerza narrativa.

Su apartamento parece un ecosistema abandonado. Las botellas y latas vacías se amontonan, los ceniceros rebalsan, la ropa limpia y la sucia conviven sin distinción y la higiene personal ocupa un lugar muy secundario en sus prioridades. No intenta mejorar ni emprender un camino de redención. Tampoco busca despertar compasión. Simplemente vive, fiel a sí misma, sin pedir disculpas por ello.

INCOMODIDAD Pero la serie va mucho más lejos que el simple humor escatológico.

Desfilan personajes secundarios tan rotos como la propia Yani: amigas alcohólicas y drogadictas, vecinos incapaces de sostener una vida mínimamente ordenada y un casero cuya compañera inseparable es una muñeca inflable, a la que trata con una naturalidad tan absurda como desconcertante. La serie nunca subraya estas situaciones ni intenta explicarlas; las presenta como parte de la vida cotidiana. Y precisamente ahí reside buena parte de su humor. El catálogo de escenas deliberadamente incómodas es amplio: vómitos, montañas de basura, flatulencias, malos olores, mierda, borracheras, resacas interminables, comentarios procaces, consumo de drogas, accidentes escatológicos y ambientes donde la suciedad deja de ser un simple detalle para convertirse en un elemento más del lenguaje visual de la serie.

Nada parece demasiado vulgar para **Yani Neko**.

Sin embargo, detrás de esa provocación constante hay bastante más que una simple acumulación de groserías.

La serie parece preguntarse qué ocurre cuando una persona deja de fingir que es funcional. ¿Qué sucede cuando alguien renuncia a representar el papel de ciudadano ejemplar, trabajador eficiente o individuo emocionalmente equilibrado? Yani no intenta justificar su comportamiento ni transformarse en una mejor versión de sí misma. Existe, simplemente, al margen de las expectativas ajenas. Merece una mención especial la **secuencia de apertura**. Más que una simple presentación de los personajes, funciona como un homenaje irreverente a numerosas películas y géneros cinematográficos, recreados con humor y un deliberado espíritu paródico. La acompaña «**Nannmonô**» («No tenemos nada»), interpretada por la banda japonesa **Wasurerannneyo**. Quien espere una letra profunda o filosófica se llevará una sorpresa: está muy lejos de ser poesía. Es una canción caótica, desfachatada y deliberadamente absurda, perfectamente alineada con el universo de la serie. Desde el primer acorde deja claro que aquí no habrá héroes ejemplares, moralejas edificantes ni personajes políticamente correctos.

CORRECCIÓN Japón sigue siendo, pese a su imagen tecnológica y futurista, una sociedad profundamente marcada por valores como la armonía grupal, la disciplina, la cortesía, la limpieza y el autocontrol. La presión por no molestar



La gata japonesa que incomoda a Xi Jinping

a los demás, responder a las expectativas sociales y mantener una imagen impecable sigue teniendo un enorme peso.

Yani representa exactamente lo contrario.

No quiere convertirse en la novia ideal. No aspira a ser una trabajadora ejemplar. No busca el éxito profesional. No persigue el crecimiento personal. Ni siquiera intenta dejar de fumar.

Su sola existencia parece desafiar esa obligación permanente de ser útil, eficiente, disciplinada y agradable. Por eso resulta tan incómoda.

La serie utiliza el humor grotesco como un instrumento de demolición. No pretende únicamente provocar la risa, sino hacer estallar el ideal de perfección, orden y corrección que atraviesa buena parte de la ficción japonesa contemporánea. En una época saturada de personajes impecables, emocionalmente equilibrados y físicamente perfectos, aparece una protagonista incapaz de controlar siquiera su propia adicción al tabaco.

Yaniko parece llegar desde el extremo opuesto de la cultura contemporánea. Vivimos rodeados de discursos que glorifican el éxito inmediato, la productividad como única virtud moral y una felicidad cuidadosamente editada para las redes sociales. Abundan los gurús financieros que prometen hacerse ricos con criptomonedas mientras posan junto a autos deportivos, los vendedores de una masculinidad de laboratorio, las «mujeres de alto valor», las *tradwives* que convierten la vida doméstica en una escenografía perfecta y hasta una rebeldía cuidadosamente empaquetada para vender camisetas. Todo luce limpio, ordenado, saludable, eficiente y aspiracional.

Yani Neko dinamita ese universo. No vende éxito. No inspira. No pretende ser un modelo para nadie. Es adicta, caótica, desprolija, egoísta, vulgar y profundamente imperfecta. No convierte sus defectos en una marca personal ni intenta monetizar su fracaso. Simplemente existe.

El espectador se ríe. Pero también siente rechazo y, por momentos, hasta vergüenza ajena.

Esa incomodidad no es un efecto secundario. Es el corazón mismo de la propuesta.

DISCIPLINA La recepción clandestina en China llevó el fenómeno a otro nivel. No por los canales oficiales, donde una serie como **Yani Neko** jamás tendría cabida, sino entre comunidades de aficionados que comparten episodios mediante redes privadas, plataformas alternativas y otros mecanismos para eludir los controles. Si en Japón el orden, la disciplina y la armonía social constituyen valores culturales profundamente arraigados, en China esos mismos principios también forman parte del discurso y de las políticas promovidas por el Estado. Una protagonista que hace exactamente lo contrario de lo que se espera de un ciudadano modelo resulta, inevitablemente, incómodo.

En los últimos meses han circulado versiones según las cuales **Yani Neko** se habría convertido en el anime más visto por vías no oficiales entre determinados sectores del público chino. No existen datos independientes que permitan confirmarlo con certeza, pero todo indica que la serie ha despertado un interés real, precisamente porque no circula por los canales tradicionales y porque representa todo aquello que difícilmente encontraría un lugar en la televisión oficial.

Quizá ahí resida una de las claves de su éxito entre muchos jóvenes críticos del sistema. No encontraron una heroína perfecta, virtuosa y ejemplar. Encontraron exactamente lo contrario: una antiheroína cargada de defectos, adicciones, miserias y contradicciones, incapaz de encajar en el molde que otros diseñaron para ella. Y, precisamente por eso, profundamente humana.

Paradójicamente, la censura suele producir el efecto contrario al que persigue. Cuando una autoridad decide qué obras son aceptables y cuáles no, muchas personas sienten una curiosidad todavía mayor por aquello que se intenta ocultar. El título de este artículo es, por supuesto, una licencia periodística.

Yani Neko no derrota a Xi Jinping.

No pone en jaque al Partido Comunista Chino.

No modifica el sistema político del país.

Pero recuerda una vieja verdad de la historia de la cultura: la imaginación casi siempre encuentra alguna grieta por donde escapar. Los gobiernos pueden prohibir libros, bloquear plataformas, cerrar páginas o dificultar la circulación de una obra. Lo que nunca han conseguido del todo es erradicar la curiosidad humana ni el impulso de buscar aquello que alguien decidió prohibir.

Quizá esa sea la mayor irreverencia de esta gata japonesa: demostrar que, incluso entre montañas de colillas, el humor sigue siendo una forma extraordinariamente eficaz de cuestionar las convenciones. También de reivindicar el valor de lo contracultural, de aquello que incomoda, provoca o desafía el consenso. Porque una cultura verdaderamente libre no necesita personajes ejemplares; necesita, también, obras que molesten, irriten y obliguen a pensar. Ninguna autoridad, por poderosa que sea, ha logrado domesticar por completo la imaginación ni la libertad de crear.

Marcelo GIOSCIA CIVITATE
Abogado. Periodista



Arcos digitales, seguridad y derecho a la privacidad

El uso de la tecnología de última generación, en la colocación de arcos digitales en rutas y caminos de acceso de gran circulación (para dotar a las autoridades policiales de una mayor información en tiempo real) con la finalidad de lograr mayor seguridad, y esclarecer delitos, no puede resultarnos indiferente.

Esta tecnología que no sólo buscará el reconocimiento facial de todos los que por allí pasemos, resulta al menos, preocupante.

Nos plantea el dilema de saber quién hará uso de nuestros datos personales y cuánto estamos dispuestos a renunciar del derecho a nuestra privacidad constitucionalmente protegido, en aras de obtener mayor seguridad.

Más aún cuando -según ha declarado el titular del Ministerio del Interior- ese «registro» y la información recabada, se realice en forma indiscriminada y sin orden judicial.

Quiénes habitamos este suelo, tenemos derecho a saber qué se hará con nuestros datos personales, como con nuestros números de teléfonos móviles, así como el registro de nuestra imagen y la de quien comparta el vehículo con el que transitamos.

Ya que no sólo se registrarán a posibles delincuentes, ni matrículas de autos robados. Esta secretaría de Estado, convertida en un «gran hermano», cuando hace agua por todos lados y la eficacia de sus planes aún no ha podido demostrarse, debiera garantizar de alguna manera el uso y destino de nuestros datos.

Pero no parece tener las credenciales para hacerlo. Máxime, cuando ya se han detectado «hackeos» o ingresos indeseados -por expertos en informática- a bases de datos públicas, sin que haya habido siquiera una información oficial sobre las consecuencias de esas «intromisiones».

Tampoco ha tomado estado público cuánto ha costado negociar con este tipo de delincuentes, para disminuir en algo los efectos de su acceso a la información que debiera ser efectivamente «reservada».

Nuestras normas constitucionales protegen en el artículo 7 los derechos de primera generación, esto es «vida, honor, libertad, seguridad, trabajo y propiedad» (nadie puede ser privado de estos derechos sino conforme a las leyes que se establecieron por razones de interés general) pero además, bueno es recordar que nuestro ordenamiento jurídico, expresamente en el artículo 10 establece que: las «acciones privadas de las personas, que de ningún modo atacan el orden público ni perjudican a un tercero, están exentas de la autoridad de los magistrados».

Mencionemos también la Ley 18.331 de Protección de Datos Personales y Acción de Habeas Data, en la que se reconoce la protección de los datos personales, como un derecho humano fundamental, vinculado directamente con el artículo 72 de nuestra Carta Magna, una norma «abierta» que funciona como un «puente» para reconocer nuevos derechos sin necesidad de reformar la Constitución Nacional, en derechos que nazcan de la persona humana o de la forma republicana de gobierno.

La utilización de estos «arcos digitales» justamente en tiempos del desarrollo sostenido de la Inteligencia Artificial puede exponernos a todos, a que se utilicen tanto imágenes personales y datos vaya a saberse con qué fines. Ello debiera resguardarse.



David Auris Villegas
Escritor peruano, columnista pedagógico, profesor universitario. Creador del ABDIVCPCE.
davidauris@gmail.com



Calidad educativa por la supervivencia humana es una tarea de todos

Vivimos distraídos, ensimismados en nuestro individualismo y navegando felices por las aguas de las redes sociales, mientras olvidamos la urgente necesidad de convivir solidariamente. Reescribo este artículo para abrir un debate impostergable en la agenda social del sistema educativo. La creciente brecha entre ricos y pobres evidencia una educación desigual. Por ello, es tiempo de derribar el rancio paradigma pedagógico, anclado en un pensamiento neocolonial, e impulsar una revolución educativa orientada al desarrollo humano sostenible.

LOS 5 APOYOS ESENCIALES PARA LA MEJORA ESCOLAR

¿Cómo transformar tu escuela para mejores resultados?



Todos tenemos derecho a educación de calidad. Alcanzarla exige cambios y la construcción de un ecosistema real de aprendizaje. Sin embargo, nuestra educación continua conducida por funcionarios con visión, más preocupados por normas burocráticas que por fortalecer la meritocracia, potencia el talento y promover innovaciones de impacto global.

La UNESCO propone construir la paz en la mente de hombres y mujeres. En ese horizonte, la calidad educativa ha de comprenderse como un proceso que desarrolle el pensamiento autónomo, crítico, emocional, colaborativo y creativo, sustentado en principios éticos e involucrando a todos los actores sociales.

Ante un mundo más automatizado, el Estado tiene la responsabilidad de fortalecer el capital humano mediante una política educativa concertada, liderada por científicos interdisciplinarios, capaces de conducir al Perú hacia un desarrollo humano sostenido. Esto implica transformar nuestras instituciones en organizaciones competitivas: investigar, producir conocimiento, generar tecnologías, acreditarnos internacionalmente y establecer alianzas con universidades de excelencia.

El docente ejerce una de las labores más delicadas: educar personas creativas, innovadoras y éticas. Por ello, merece remuneración digna y condiciones adecuadas, pero también ha de asumir el compromiso de actuar con ética profesional como investigador, especialista, bilingüe, humanista y gestor del aprendizaje. Asimismo, el profesor universitario necesita investigar y publicar libros y artículos científicos para evitar la momificación académica.

Desde la educación básica, el ecosistema educativo tiene que formar estudiantes autónomos, digitales, investigadores y éticos. Por otra parte, la educación superior enfrenta el desafío de promover patentes, investigaciones y soluciones tecnológicas viables, mientras el empresariado invierte en innovación y manufactura con profesionales calificados.

La calidad educativa es una responsabilidad compartida. Familias, medios de comunicación, instituciones educativas, Estado, empresas y sociedad tenemos que asumir este compromiso. Coincidiendo con Chomsky, aspiremos a una educación que fomente creatividad, cooperación, participación social y ciudadanía ética, haciendo de este siglo el siglo de la educación para la prosperidad, la dignidad y la supervivencia humana de todos.

**Eduardo FAZZIO**

Dr. En Medicina y Técnico Veterinario. Licenciado en Negocios Internacionales e Integración. Docente Universitario. Fue Edil por Montevideo

Siendo todavía un niño, un día a principios de los años setenta crucé la calle Chaná a la altura de Arenal Grande y ahí estaba José Luis, el hijo de Don Aureliano, el almacenero de la esquina, con una novedad de ruedas chicas que nos desconcertó a todos: la bicicleta Graziella. Traía contra pedal. Ninguno entendía el mecanismo al principio — había que pedalear para atrás para que la bicicleta frenara. La probamos por turnos, desconfiados, esperando el trompazo, hasta entender que no era una falla de fábrica: era el diseño. El freno no estaba en otra parte de la bicicleta. Era el mismo pedaleo, pero al revés.

Medio siglo después, viendo al Frente Amplio tratar de explicarse por qué perdió apoyo, uno vuelve a sentir aquel mismo desconcierto de vereda. El gobierno dice que va para adelante. Y en algún punto del camino, sin cambiar de mecanismo, empieza a pedalear para atrás.

El título que le puse a esto le debe una reverencia a Carlos Real de Azúa, que en 1964 publicó «El impulso y su freno», su ensayo sobre las tres décadas de batllismo y las razones por las que a su entender aquel impulso reformista



terminó frenado. La tesis de Real de Azúa tiene una precisión: según él el freno no le vino al batllismo de afuera. Le vino de adentro, de la misma autocomplacencia, del centralismo montevideano que había alimentado el impulso. A su modo de ver el freno no era un accidente posterior. Era el contra pedal de origen, incorporado en la fábrica. El gobierno del FA parece estar estrenando su propio mecanismo de auto frenado.

Porque el riesgo, ahí, no es solo de rumbo: es de diagnóstico. Un gobierno puede equivocarse en sus políticas, pero también puede equivocarse al interpretar por qué está perdiendo apoyo. Y cuando confunde un problema con el otro, corre el riesgo de aplicar el remedio equivocado — pedalear para atrás creyendo que así mejora su gestión.

El 18 de mayo de 2026, con una encuesta de Equipos Consultores mostrando que la desaprobación de Yamandú Orsi subía del 40 al 48 por ciento, el secretario de la Presidencia salió a hablar. Alejandro Sánchez no dijo que había que revisar el rumbo. Dijo que había que «poner el pie en el acelerador» para que las transformaciones «se asienten más fuertemente». El rumbo, según él, era bueno. Lo que faltaba era profundizarlo. El resto del gobierno, mientras tanto, seguía montado en la bicicleta de siempre — la del contra pedal — sin que nadie notara que ni entre ellos mismos coincidían en cómo venía su marcha.

Ese desacople interno no es un detalle. Es la primera pista de que el diagnóstico oficial —vamos bien, hay que insistir— convive con una práctica de gobierno que, medida a medida, pedalea para atrás.

Nadie duda que existen tensiones internas en el Frente Amplio, y no haría falta una columna para evidenciarlo. ¿Pero por qué esas tensiones se activan justo

Frente Amplio, el impulso y sus frenos

cuando cae la popularidad, y no antes, cuando las mismas contradicciones ya estaban ahí? La respuesta empieza a asomar en las cenas reservadas que Alejandro Sánchez viene organizando desde fines de marzo con referentes académicos, y en la Mesa de la Agrupación Nacional de Gobierno que la semana pasada terminó reconociendo, en rueda de prensa, que el problema era de comunicación —que los avances «no llegan» a la sociedad. Esas dos escenas comparten una misma pregunta implícita: ¿el gobierno consulta para saber si gobernó mal, o consulta para saber cómo volver a gustar? No es la misma pregunta, y la respuesta que se elija determina si lo que sigue es una corrección de rumbo o un ajuste de imagen.

El propio PIT-CNT metió el dedo en la llaga en esa distinción sin proponérselo. En julio, tras un diálogo de sesenta días sobre las inversiones de las AFAP en el exterior que terminó sin satisfacer su reclamo, su presidente, Marcelo Abdala, exigió que fuera el ministro de Economía quien «explicara públicamente los fundamentos» de una decisión que la central consideraba insuficiente — no pidió otra política, pidió otra explicación. Y en el acto del Día de los Trabajadores, el secretario general de la central, Joselo López, había resumido el humor sindical con una frase: las expectativas sobre la gestión «no están siendo colmadas». Ese reclamo, leído con cuidado, no es sobre si el rumbo económico es correcto. La central pide gobernar mejor, o al menos parecer que se gobierna con más convicción, mientras el Poder Ejecutivo, ante la misma presión, tiende a resolver el malestar en la superficie antes que en el fondo.

Gobernar, en el sentido de resolver los problemas concretos que un país tiene delante, es solo una de las tres bicicletas que este gobierno pedalea al mismo tiempo. Las otras dos —sostener el equilibrio entre sectores y cuidar la propia imagen ante la opinión pública— no son ilegítimas ni evitables: son parte del oficio de cualquier coalición. El descontrol aparece cuando esas dos últimas se pedalean con ansiedad, mirando por el hombro la próxima encuesta o interna, porque ahí empiezan a consumir el mismo esfuerzo, que debería estar puesto en la primera. No es que el Frente Amplio no sepa gobernar. Es que buena parte de su energía se le va en no perder el equilibrio arriba de una bicicleta que, además, tiene contra pedal — y que cuando se inclina demasiado hacia mantener el equilibrio interno, empieza, sin darse cuenta, a pedalear para atrás.

Medio siglo después de aquella tarde en Chaná y Arenal Grande, uno vuelve a mirar al Frente Amplio con la misma cara de desconcierto que le poníamos a José Luis cuando nos explicaba el mecanismo de su Graziella. Un gobierno que en rueda de prensa asegura tener el pie en el acelerador, que jura que el rumbo es el correcto y que solo falta profundizarlo, y que, sin embargo, medida a medida, va frenando con el mismo gesto que debería llevarlo para adelante.



Es el contra pedal de fábrica, el que la coalición trae incorporado, activándose cada vez que alguna corriente interna teme avanzar y sugiere que ya es momento de ir más despacio.

La Graziella, al menos, avisaba: el contra pedal se sentía en las piernas apenas uno empezaba a pedalear hacia atrás. El Frente Amplio deberá lidiar con una bicicleta que todos aseguran conducir hacia adelante, pero que se empeña cada tanto en frenar, con la misma energía que debería avanzar.

La era del tigre

Guzmán A. IFRAN

Contador Público. Fue diputado por Montevideo y Coordinador de la Opp



La reciente investidura de Abelardo de la Escriella como presidente de Colombia abre un nuevo ciclo político en un país cuya historia contemporánea ha estado marcada por una singular combinación de fortaleza institucional, violencia persistente, desigualdad, narcotráfico y una notable capacidad para procesar electoralmente sus diferencias. Su llegada a la Casa de Nariño representa un giro respecto del gobierno de Gustavo Petro, pero reducir el resultado a un simple desplazamiento ideológico de izquierda a derecha sería insuficiente. Lo verdaderamente relevante es observar quién es el nuevo presidente, cómo llegó hasta allí, qué mandato recibió de las urnas y, sobre todo, con qué márgenes políticos deberá gobernar.

De la Escriella llega a la Presidencia desde una trayectoria poco convencional. Abogado penalista, empresario y figura de fuerte exposición mediática, no construyó su carrera recorriendo las etapas habituales de la política profesional ni acumulando cargos públicos. Su notoriedad nació fundamentalmente en el ejercicio del derecho, en litigios de alta repercusión y, posteriormente, en una presencia pública cada vez



más vinculada al debate político. Esa condición de outsider fue uno de los elementos centrales de su candidatura: pudo presentarse ante una parte importante del electorado como alguien exterior a las estructuras partidarias tradicionales y, al mismo tiempo, convertir su reconocimiento público en una plataforma electoral propia.

Su ascenso fue rápido, aunque no inexplicable. Colombia llegó a las elecciones de 2026 después de cuatro años de un gobierno de izquierda que había despertado enormes expectativas al asumir y que, como ocurre tantas veces cuando las expectativas son altas, terminó generando también frustraciones y resistencias. La inseguridad, el avance o recomposición de organizaciones armadas en determinadas regiones, las dificultades de la llamada «paz total», la situación fiscal, las tensiones alrededor del sistema de salud y las controversias políticas del período Petro configuraron un escenario favorable para una candidatura que ofreciera ruptura, autoridad y un cambio de rumbo. De la Escriella interpretó ese espacio y construyó su campaña alrededor de tres ideas fácilmente identificables: recuperación de la seguridad, reducción del peso del Estado y reactivación de la economía privada.

El resultado, sin embargo, obliga a introducir desde el comienzo una cautela esencial. La elección fue extraordinariamente estrecha. En el escrutinio nacional, la fórmula de Abelardo de la Escriella y José Manuel Restrepo obtuvo 12.960.166 votos, equivalentes al 49,66%, mientras Iván Cepeda y Aída Quilicé alcanzaron 12.708.312, el 48,70%. La diferencia fue de apenas 251.854 votos. Es una victoria democrática plenamente válida, pero políticamente constituye un mandato que exige una lectura cuidadosa. El nuevo presidente ganó; no arrasó. Casi la mitad de quienes optaron por una de las dos fórmulas finales prefirió un proyecto diferente. En una democracia, la legitimidad no se mide por la amplitud de la ventaja, pero la capacidad de gobernar sí puede verse condicionada por la profundidad de las divisiones que deja una elección.

Allí aparece, a mi juicio, el primer gran desafío de De la Escriella. La campaña permite enfatizar diferencias; la Presidencia obliga a administrar pluralidades. Quien llega al gobierno gracias a una coalición electoral debe transformarse, desde el día de la investidura, en presidente de todos los ciudadanos. Esto resulta particularmente importante en Colombia, donde las diferencias políticas han estado demasiadas veces acompañadas por formas de estigmatización y donde la violencia ha tenido durante décadas una presencia que excede ampliamente la competencia democrática normal. El estrecho margen electoral no debería ser interpretado como una debilidad institucional, sino como una invitación a la prudencia, al diálogo y a la búsqueda de acuerdos.

La seguridad será inevitablemente la primera prueba. El nuevo presidente hizo de ella uno de los ejes principales de su campaña y ha anunciado una orientación sustancialmente más dura frente a las guerrillas, las organizaciones criminales y el narcotráfico. Su programa propone recuperar el control territorial, fortalecer a la Fuerza Pública, combatir los cultivos de coca mediante distintas modalidades de erradicación, endurecer la política penitenciaria y abandonar la lógica de negociaciones indefinidas con organizaciones que mantengan las armas. La investidura confirmó esa prioridad: el nuevo gobierno quiso transmitir desde sus primeras horas una imagen de autoridad, orden y respaldo a las instituciones encargadas de la seguridad.

La cuestión decisiva no será, naturalmente, la contundencia de las palabras, sino la eficacia de las políticas. Colombia conoce muy bien los costos de la violencia y también las limitaciones tanto de las estrategias exclusivamente militares como de los procesos de negociación que no logran traducirse en control efectivo del territorio. La experiencia del acuerdo de paz con las FARC demostró que reducir la violencia constituye un avance enorme, pero también que allí donde el Estado no ocupa integralmente los espacios abandonados por los grupos armados pueden surgir nuevas estructuras ilegales. Seguridad, por tanto, no significa solamente soldados y policías. Significa justicia,

carreteras, escuelas, oportunidades económicas, presencia administrativa y capacidad real del Estado para impedir que el narcotráfico se convierta en la autoridad efectiva de regiones enteras. El segundo desafío será económico y fiscal. De la Escriella ha planteado una reducción importante del tamaño del Estado, austeridad en el gasto, simplificación tributaria, estímulos a la inversión privada y un cambio profundo en la política energética. Su visión parte de la premisa de que Colombia necesita recuperar inversión, generar empleo y aprovechar con mayor intensidad sus recursos petroleros, gasíferos y mineros. En esa dirección, el nuevo gobierno ha señalado su voluntad de revitalizar Ecopetrol, ampliar la exploración de petróleo y gas y reconsiderar instrumentos como el fracking bajo determinadas condiciones ambientales. Se trata de un giro claro respecto de la orientación energética del gobierno anterior.

Pero nuevamente será la ejecución, y no la formulación, la que determinará los resultados. Reducir el gasto público puede ser necesario cuando las cuentas fiscales están tensionadas, pero no todo gasto es equivalente ni toda reducción genera eficiencia. Colombia necesita simultáneamente disciplina fiscal e inversión en seguridad, infraestructura, educación, salud y desarrollo territorial. El verdadero desafío consiste en distinguir el gasto improductivo de aquel que sostiene capacidades esenciales del Estado. Del mismo modo, promover la inversión privada puede convertirse en una poderosa herramienta de crecimiento, siempre que exista seguridad jurídica, estabilidad regulatoria, competencia y reglas previsibles.

En materia social, el nuevo gobierno tendrá que evitar una falsa dicotomía que aparece con frecuencia en el debate latinoamericano: la idea de que crecimiento y protección social pertenecen a proyectos incompatibles. Ninguna política social es sostenible sin una economía capaz de financiarla, pero ningún crecimiento resulta políticamente estable si amplios sectores sienten que sus beneficios nunca llegan. Colombia sigue arrastrando desigualdades territoriales y sociales profundas. El desafío será combinar una economía más dinámica con mecanismos eficaces de movilidad social, acceso a la salud, educación de calidad y oportunidades para quienes viven lejos de los grandes centros urbanos.

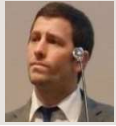
También será determinante la relación con el Congreso. De la Escriella no dispone de una mayoría automática que le permita convertir cada promesa electoral en ley. La fragmentación parlamentaria obligará al Ejecutivo a negociar, construir coaliciones y aceptar que la democracia representativa introduzca límites deliberados al poder presidencial. Esto puede parecer una dificultad, pero en realidad constituye una de las virtudes del sistema. Un presidente con una victoria estrecha y sin hegemonía legislativa está llamado a convencer además de mandar. La calidad de esas negociaciones permitirá apreciar si el outsider que conquistó el poder puede convertirse en un gobernante capaz de trabajar dentro de las instituciones. La política exterior será otro terreno de cambio. Es previsible una relación más estrecha con Estados Unidos y una modificación de varias de las prioridades diplomáticas de Petro. También habrá mayor afinidad con gobiernos latinoamericanos que privilegian políticas de mercado y seguridad. Sin embargo, Colombia ocupa una posición regional demasiado importante como para convertir su diplomacia en una prolongación de afinidades ideológicas. La cooperación contra el narcotráfico, la situación venezolana, la migración, el comercio, la Amazonía y la seguridad fronteriza requieren pragmatismo y continuidad institucional más allá de las simpatías entre presidentes.

Existe, finalmente, un desafío que quizá englobe a todos los demás: el de transformar un liderazgo electoral intensamente personal en un gobierno institucional. De la Escriella cultivó durante la campaña una comunicación directa, confrontativa y de gran impacto mediático. Esa estrategia contribuyó a llevarlo a la Presidencia. Pero el ejercicio del poder exige otros registros. Las instituciones democráticas necesitan oposición, prensa independiente, justicia autónoma, controles parlamentarios y una administración pública profesional. La fortaleza de un presidente democrático no debería medirse por su capacidad para prescindir de esos contrapesos, sino por su aptitud para gobernar eficazmente respetándolos.

Por eso sería apresurado celebrar ya su gestión del mismo modo que sería injustificado condenarla antes de que comience a producir resultados. De la Escriella ha recibido una oportunidad y una responsabilidad enormes. Será evaluado por lo que consiga frente a problemas concretos: reducir homicidios, extorsiones y secuestros; recuperar territorios dominados por economías ilegales; contener el narcotráfico; ordenar las finanzas públicas; mejorar las condiciones para invertir y trabajar; fortalecer los servicios esenciales; y preservar la convivencia democrática de una sociedad que acaba de dividirse prácticamente en mitades.

En definitiva, Colombia no necesita que el nuevo gobierno tenga éxito para demostrar que una determinada corriente ideológica tenía razón. Necesita que tenga éxito porque detrás de cualquier administración existen millones de ciudadanos cuya vida cotidiana depende de que las instituciones funcionen. Y también necesita que los errores sean corregidos por los mecanismos normales de la democracia, sin convertir cada desacuerdo político en una confrontación existencial.

Los mejores augurios para Abelardo de la Escriella en la responsabilidad que acaba de asumir. No se trata de una adhesión política ni de un juicio anticipado sobre su gobierno. Se trata de algo bastante más elemental: desear que un presidente elegido democráticamente pueda contribuir al bienestar de su pueblo, dentro de la Constitución, con respeto por quienes piensan diferente y con resultados que mejoren la vida de los ciudadanos. Colombia ha sufrido demasiado tiempo la violencia como método de acción política y como instrumento de poder territorial. Su pueblo merece paz, seguridad y desarrollo; y que las diferencias se resuelvan en las urnas, en los tribunales y en el debate público, nunca mediante las armas. Si el nuevo ciclo político consigue avanzar, no será solo éxito de un presidente o de un partido. Será, de toda Colombia.



Pablo CAFFARELLI
Abogado, Escribano. Escritor

Hay gobiernos que tienen oposición. Hay gobiernos que tienen problemas. Y después está el gobierno de Yamandú Orsi, donde la oposición mira desde la tribuna mientras algunos de sus propios ministros se encargan de hacerle los goles. La última encuesta de Factum dejó una fotografía difícil de colgar en el Palacio. Apenas 24% aprueba la gestión presidencial y 56% la desaprueba. El saldo pasó de +22 a -32. Y lo verdaderamente interesante es que el deterioro ya no se limita a quienes votaron a la Coalición Republicana. También



empieza a aparecer entre los propios votantes frenteamplistas.

Para un presidente que llegó al gobierno con la imagen de hombre tranquilo, razonable, dialogante y capaz de construir acuerdos, no es una buena noticia. Orsi ganó prometiendo moderación. El problema es que gobernar no es una clase de historia donde uno explica serenamente los acontecimientos y espera que todos comprendan.

El propio Orsi pareció comprenderlo cuando reunió a su gabinete y advirtió que «callarnos es un serio error político».

Y ahí apareció Alfredo Fratti.

El ministro del MGAP habló sobre la transformación tecnológica del agro y llegó a plantear que, si algún día un tractor funciona solo, habrá que cobrarle BPS. Es una idea extraordinaria. Uruguay pasó de discutir cómo mecanizar el campo a preguntarse si el tractor autónomo tiene derecho a la jubilación.

La ocurrencia sería solamente graciosa si no estuviera en el medio una discusión muy seria sobre productividad, empleo, tecnología y seguridad social.

Pero Fratti no está solo.

Cecilia Cairo terminó renunciando por una situación patrimonial y tributaria que dejó al gobierno intentando dar explicaciones. Un gobierno que habla de justicia tributaria teniendo que explicar por qué una de sus ministras no había regularizado durante años determinadas obligaciones. Después llegaron las cuestiones vinculadas a Rodrigo Arim y la regularización de una construcción privada. Y hasta el propio Orsi tuvo que explicar errores en su declaración patrimonial relacionados con la compra de un vehículo que, después de aquel episodio, iba a ser destinado a una institución pública y que ahora, casualmente, parece haber encontrado un problema en los cinturones de seguridad y será devuelto por recall. ¡Qué casualidad! ¿no?

Mientras tanto, desde el Frente Amplio aparecen discusiones sobre aumentar la recaudación mediante IRAE, IRPF, IASS, patrimonio, herencias, impuestos verdes y demás instrumentos de esa extensa familia que el ciudadano uruguayo conoce bastante mejor que la palabra bonanza.

Cada vez que el gobierno necesita resolver algo, mira hacia el bolsillo de alguien. Y el bolsillo, a diferencia del tractor de Fratti, ya está haciendo horas extras.

El gobierno pide una mano y recibe un robot

En ese escenario aparece la oposición. Y, curiosamente, parece menos apurada que el gobierno.

El Partido Nacional cumple 190 años y tiene a Luis Lacalle Pou. Se fue con 58% de aprobación y 25% de desaprobación. El hombre parece haber descubierto que cuanto más lejos está del despacho presidencial, más cerca parece estar de las expectativas de buena parte de su partido y de la Coalición. Por eso vuelve a aparecer como referencia. Y por eso también se discute una Coalición Republicana bajo lema único.

Y después está el Partido Colorado, ese viejo animal político que durante un tiempo parecía destinado a vivir de sus recuerdos y que ahora empezó a mover la cola.

El coloradismo gobernó buena parte de la historia del Uruguay. La familia Batlle aportó cuatro presidentes a la República: Lorenzo Batlle, José Batlle y Ordóñez, Luis Batlle Berres y Jorge Batlle. Después vino el desierto electoral. Ahora Pedro Bordaberry parece haber entendido que para volver a ocupar territorio no alcanza con aparecer cuando faltan seis meses para las elecciones.

Recorre el país, habla, escucha, participa y hasta escribe libros. Su trabajo sobre Benito Nardone, «Chico Tazo», es también una forma inteligente de volver a discutir libertad económica, estatismo, producción, campo, impuestos y el papel del Estado.

Y lo más interesante es que Bordaberry parece estar haciendo política sin anunciar que está haciendo campaña. En un país donde algunos dirigentes llegan a publicar hasta el desayuno como actividad oficial, tampoco es poca cosa.

Así llegamos a una paradoja muy uruguaya. El gobierno, que tiene tres años y medio por delante, parece tener apuro. La oposición, que tiene exactamente el mismo tiempo, parece haber descubierto la paciencia.

El Frente Amplio tiene el gobierno, pero empieza a pagar desgaste. El Partido Nacional tiene 190 años, un expresidente con una aprobación envidiable y una discusión sobre cómo ordenar la Coalición. El Partido Colorado tiene una historia



enorme, territorio para reconquistar y dirigentes que parecen haber entendido que las elecciones empiezan mucho antes de que alguien imprima una lista. Si esto sigue así, la caída del frente puede ser muy importante.

¡Al trabajo y adelante!

¡Al trabajo y adelante! Vigencia y legado de Benito Nardone, es la primera novela histórica de Pedro Bordaberry, quien de lleno va al rescate literario y político de «Chicotazo», una de las figuras más influyentes de los trasfondos del Uruguay del siglo XX. El libro, publicado por Editorial Sudamericana, elude la rigidez académica para adentrarse en las contradicciones de un comunicador de masas que sacudió las estructuras del poder tradicional. «Chicotazo», parado en la esquina de una de las habitaciones improvisadas como estudios de grabación de la entonces Radio Rural, erguido, mirando hacia adelante y con gran elocuencia, se comunicaba con su tono firme mediante mensajes fácilmente decodificables por las masas.

CRÓNICA DE UN RESCATE FAMILIAR Y POLÍTICO

El valor inicial de la obra radica en la proximidad de las raíces del autor con el protagonista. Benito Nardone no empezó en los grandes estrados, sino escribiendo crónicas policiales en el diario *El Pueblo*, propiedad de Domingo Bordaberry, abuelo del actual senador. El relato avanza cronológicamente mostrando la metamorfosis del personaje: el joven urbano de origen humilde y raíces batllistas que muta en el defensor acérrimo del agro profundo.

A través de diálogos reconstruidos y una notable agilidad narrativa, Bordaberry nos posiciona en la mítica fonoplatea radial. Desde ese micrófono, bajo el seudónimo de «Chicotazo», Nardone fustigó a los intermediarios y organizó la Liga Federal de Acción Ruralista. El punto álgido de la trama llega cuando el *outsider* se convierte en pieza clave para la victoria electoral del Partido Nacional y asume la presidencia del Consejo Nacional de Gobierno entre 1960 y 1961.

LOS ACIERTOS DE LA OBRA

+ **Fuerza narrativa:** Logra que el Uruguay de mediados de siglo se sienta vivo, pasional y cercano.

+ **Su perspectiva del interior:** Reivindica con éxito el reclamo del pequeño productor y del peón rural frente al centralismo montevideano.

+ **Ritmo scannable:** Los capítulos son ágiles y combinan bien el dato duro con la recreación de época.

+ **Diálogo actual:** Plantea preguntas vigentes sobre la representatividad y el divorcio entre los políticos y las necesidades populares.

LOS PUNTOS DE TENSIÓN CRÍTICA El flanco más debatible del libro es su aproximación a las sombras del personaje, particularmente sus vínculos internacionales en plena Guerra Fría. Si bien Bordaberry aborda las acusaciones históricas sobre los nexos de Nardone con Philip Agee y los jefes de la base local de la CIA, el autor ensaya una encendida defensa argumentando que existía un «intercambio natural» de información geopolítica y no una subordinación económica o de subordinación como agente. Para los lectores que busquen un análisis más crítico o desapegado, la obra puede sentirse excesivamente indulgente o protectora con el legado de «Chicotazo».

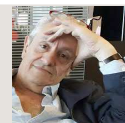
Veredicto

¡AL TRABAJO Y ADELANTE! es un aporte literario dinámico que funciona de manera excelente como novela histórica y rescate de la memoria ruralista. Es una lectura muy recomendada para entender los fenómenos de la comunicación de masas y el peso histórico del campo en la identidad nacional, aun cuando su sesgo familiar invite al lector a complementar la lectura con otros ensayos históricos sobre el período.



Claudio RAMA

Ensayista, economista y profesor uruguayo, especializado en temas de gestión y políticas de educación superior de América Latina.



Deseos y angustias humanas: entre un pasado perdido y un futuro utópico

Reensamblajes conceptuales y obras plásticas de Claudio Rama. Vivimos desvelados en un mundo de cemento. Las multitudes avanzan entre humo, ruido y ciudades que nunca descansan. En medio de la masificación, volvemos la mirada hacia un pasado imaginado como refugio de armonía. Soñamos con bosques intactos, plantas libres y animales todavía ajenos al temor que infunde el ser humano. Anhelamos ríos transparentes y una naturaleza aún no herida por nuestros apetitos. Es un mundo idílico que quizá nunca existió, salvo en la memoria del deseo. Hemos destruido aquella naturaleza virginal y, sin embargo, el pasado se convierte en una patria perdida, embellecida por la distancia y pero cuya definitiva ausencia nos angustia.

Al mismo tiempo, levantamos los ojos hacia el espacio y sus derroteros infinitos, con la esperanza de hallar, en la utopía de otros mundos, una salida a nuestros límites y fracasos en la convivencia con la naturaleza. Pero el futuro permanece sometido al azar, a lo imprevisible y a lo desconocido. Ignoramos si



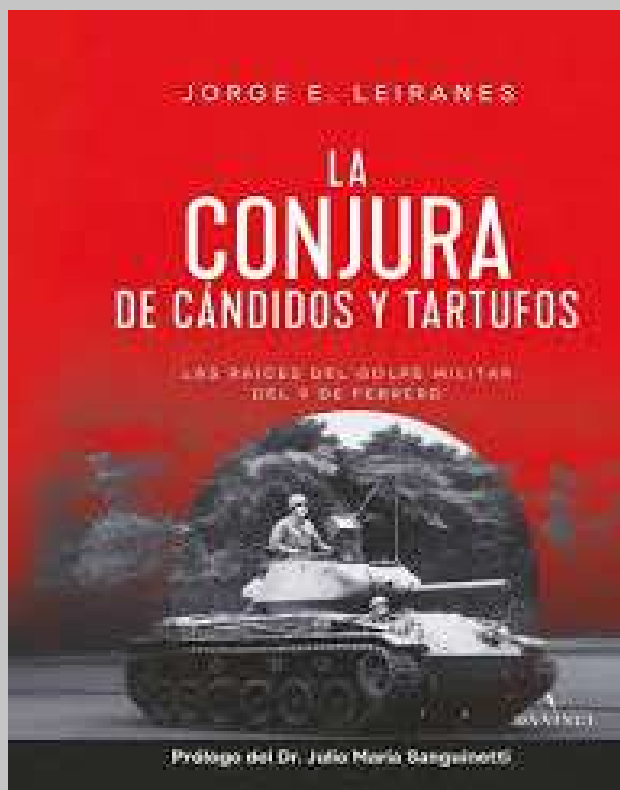
encontraremos nuevos horizontes o si terminaremos reproduciendo en ellos los mismos actos destructivos que devastaron nuestro entorno. Habitamos así un presente que rechazamos, y que no logramos transformar. Suspendidos entre el deseo de regresar a una naturaleza perdida, poblada de animales y plantas, y el sueño de alcanzar las estrellas, oscilamos entre la nostalgia y la esperanza.

Quizá nuestra vida no transcurra entonces entre escapar hacia ese pasado irrecuperable ni tampoco en soñar algún futuro incierto, sino negar el azar y luchar por otro presente.

Sobre cándidos y tartufos

Jorge Nelson Chagas

Con cierto atraso he terminado de leer el libro de Jorge E. Leiranes, «La conjura de cándidos y tartufos». Para empezar, es importante saber que Leiranes es un periodista de una larga y sólida trayectoria. Por tanto, estamos ante un trabajo muy serio que rastrea los orígenes de los sucesos ocurridos el 9 de febrero de 1973. Todo lo que afirma el libro está debidamente documentado y tiene varios méritos. Uno de ellos, a mi humilde entender, es la minuciosa descripción de las dificultades que tuvo Oscar Aguerro para ser nombrado general. El trámite parlamentario fue engorroso y con puntos oscuros. Existía en el batllismo y el nacionalismo independiente la convicción que se trataba de un militar golpista. De ahí las trabas a su ascenso. Aguerro



sería el fundador de la logia Los tenientes de Artigas que jugaría un papel central en el golpe de Estado de 1973. Otro aspecto interesante del libro es el rescate de la charla que hizo Mario Benedetti en Casa del Pueblo tras el estrepitoso fracaso de la Unión Popular. Algo poco conocido. En ella Benedetti renegó públicamente de los valores democráticos, pese a que afirmó que en Uruguay no existía el material humano para una revolución armada tipo Cuba. Leiranes escribe muy bien, con oficio, la lectura es amena. El problema del libro - y esta es una opinión, totalmente discutible, por cierto- es lo que NO dice.

Solamente dos ejemplos. No analiza las razones del descontento militar con la clase política que se arrastraba desde los años cuarenta. Esto es central para entender el golpe. Hubo una pésima política hacia las fuerzas armadas durante 1943- 1967, que distorsionó su estructura interna y generó fuertes rencores.

Por otro lado, si bien describe con precisión la actitud de gran parte de la izquierda ante los comunicados 4 y 7, no repara que esa actitud tiene su origen en un análisis realizado desde 1968 en adelante por comunistas, socialistas, demócratas cristianos e incluso anarquistas, sobre el proceso peruano encabezado por el general Velasco Alvarado.

Esto no desmerece al libro.

Debe leerse con mucha atención y respeto porque se trata de un excelente aporte a la historia reciente.



Jorge Nelson CHAGAS

Licenciado en Ciencias Políticas
Magister en Historia Política

El problema del estado uruguayo (8)

Se ha sostenido que con el gobierno de Jorge Pacheco Areco se inició el «modelo neoliberal» en el Uruguay. Nada de eso. En realidad, entre 1968-1972 el modelo de sustitución de importaciones tuvo su canto del cisne. Pacheco usó los resortes del Estado para contener la inflación y más aún, cuando se estableció su marco legal por medio de la COPRIN – una idea de su ministro de Industria Jorge Peirano Facio - integró a la clase trabajadora. O sea que el Estado continuó – pese a la desaparición de los Consejos de Salarios - mediando en la cuestión salarial. Nunca planteó la privatización de las empresas públicas, la eliminación del control de cambios, dejar al libre juego de la oferta y la demanda los alquileres, quitar la carga impositiva a los bancos sobre los préstamos (que encarecía el crédito), levantar las restricciones a los artículos importados que competían con la industria local o la reducción de áreas del Estado.

Se podría afirmar que con Pacheco el modelo de sustitución de importaciones tuvo su canto del cisne. De hecho, César Charlone, que había sido el artífice de la consolidación del dirigismo económico durante el régimen terrista, integró dos veces el gabinete como ministro de Hacienda.

Si uno analiza el programa del Frente Amplio (FA) en las elecciones de 1971 (el documento del 25 de agosto de 1971). Incluye tres nacionalizaciones: banca privada, los principales rubros del comercio exterior y la industria frigorífica. Textualmente expresa en un párrafo: «Para alcanzar esos objetivos el Estado desempeñará un papel esencial en el proceso económico. Tendrá una directa participación en la acumulación de capital, imprescindible para el desarrollo, y en lo inmediato, para la reactivación económica del país. Para ello deberá desempeñar una gestión activa y eficiente, que se alcanzará a través de la participación directa de los trabajadores en su dirección. Se crearán los mecanismos de planificación que determinen las formas y destinos de la inversión y que aseguren la coherencia de las políticas de precios, créditos, tributación y salarios». Era todo un reflejo de las concepciones de la izquierda en aquel momento (que en algunos aspectos no han variado mucho en este presente). El Estado debía ampliar su esfera de acción para ser el motor del desarrollo nacional. Hay quienes han planteado – Hebert Gatto, entre otros -que el FA se presentaba como una suerte de «tercer batllismo». Incluso el programa wilsontista «Nuestro Compromiso con Usted» también contiene ciertas soluciones donde el Estado está fuertemente presente.

Lo cierto es que Juan María Bordaberry, el ganador de aquella elección, no tenía las mismas ideas. En lo económico era un liberal de los pies a la cabeza. Tras el pacto de Boisso Lanza uno de sus objetivos prioritarios fue alejar a los militares de las ideas programáticas «perunistas» contenidas en los Comunicados 4 y 7 de febrero de 1973 donde el rol del Estado era central. Finalmente, tuvo éxito cuando logró nombrar a Alejandro Vegh Villegas, el 12 de julio de 1974, como ministro de Economía. Es en este momento que se inicia el fin del modelo de sustitución de importaciones y por consiguiente, el dirigismo económico estatal. Vegh Villegas liberó el mercado cambiario luego de cuarenta y tres años de controles, lo mismo hizo con algunos precios de la canasta de consumo, alquiler de vivienda y abolió cuotas de importación.

Sin embargo... una vez que los militares tomaron el poder (el 27 junio de 1973) tuvieron el mismo problema que Gabriel Terra cuando cuarenta años atrás dio el golpe de Estado. Igual que Terra no podía retornar al Uruguay del siglo XIX, los militares no podían regresar al modelo de sustitución de importaciones. Les costó aceptar las ideas de Vegh Villegas, pero cedieron. Aunque no tocaron a las empresas públicas (crearon una más: ANTEL) y cierto es, cerraron a la eternamente deficitaria AMDET. De acuerdo con su mentalidad castrense las empresas públicas no debían pasar a manos privadas, sino ser gestionadas con una férrea disciplina laboral, anular cualquier tipo de politiquería y apostar a la eficiencia técnica. El liberalismo económico durante la dictadura fue bastante más atenuado que en Chile, para poner un ejemplo. Como alguna vez lo he intentado explicar, la larga agonía del modelo de sustitución de importaciones generó cambios profundos en los hábitos de consumo de los uruguayos y así como el Uruguay de 1938 no era el Uruguay de 1930, el Uruguay de 1980 ya no era el Uruguay de 1973.

Aun así, el Estado seguía presente en la vida de los uruguayos.

Invasión en el fin del mundo

De 72.000 personas provenientes de Marruecos, que ingresaron ilegalmente en la ciudad autónoma española de Ceuta, un 90% regresó a su país, quedando «sin retorno» alrededor de 7.000. El acontecimiento dejó en evidencia una encubierta operación política metida entre cándidos, intrépidos, e ingenuos jóvenes en busca de una vida mejor, y vagabundos consumidos de pensamiento radical que, llevados de las narices, sirvieron de «embalaje» para el arribo de 1.000, a 1.500 terroristas y mercenarios que se infiltraron con el fin de establecer dentro de España, centros de reclutamiento, desarrollo, acción, y en forma paralela expandirse también hacia Italia, y Francia. Según el presidente español Pedro Sánchez, y el «Centro Nacional de Inteligencia de España», la avalancha que cruzó de forma irregular el límite marítimo no supuso un motivo de alerta. La burla, llegó a una estupidez de tiempo completo, al manifestar: «como ocurre en otras temporadas estivales, existía la posibilidad de producirse un incremento.» Ante tanta literatura fantástica... ¡nos volvemos frívolos!

La frontera de Ceuta no la controla el Estado español, sino una especie de «subcontrato de servicio» a la condición marroquí; esa libertad, de alguna manera se transforma en articulado y herramienta «como gentileza» a un gobierno extranjero, pero dicha condicionante toma mayor potencialidad, dando entonces luz verde al manejo de negociaciones, camino generando crisis social y política, llegando incluso a que, cierta parte del gobierno español se encuentre infiltrado por el mando de «reguladores de fronteras», y a la vez, chantajeado.

El presidente Pedro Sánchez ordenó blindar de toda culpa, a Marruecos, y Moncloa declara responsable a las fuerzas de seguridad, derivando en un choque, entre, el Ministerio de Defensa, e Interior, cuyo jerarca, Fernando Grande Marlaska, afirmara no haber recibido ningún tipo de advertencia por parte de servicios de inteligencia de la «Unión Europea».

Si nos despojamos de «estructuras» y miramos hacia atrás, observamos que, Sánchez, viene cambiando su enfoque sobre el Estado español en relación al «Sahara Occidental», estuvo dispuesto a ser benevolente con los «deseos» de Marruecos, y desde hace tiempo se encuentra incómodo con Estados Unidos, e Israel. Ahora, se suma el tema de restricciones en cuanto a libertad de movimiento dentro del «Espacio Schengen» – integrado por 29 Estados, de los cuales 25, forman parte de la «Unión Europea» –, dejando claro que, el mandatario español provoca contaminación al bloque y busca un acercamiento con China. Más allá de lo expresado, desde el aspecto diplomático – al menos por el momento –, China no está entusiasmada con Sánchez, y respecto a la crisis en Ceuta, Pekín se encuentra atenta desde el enfoque geopolítico y la guerra híbrida, tomando a Marruecos como socio estratégico en África.

LAS «COLUMNAS DE HÉRCULES, EN EL LÍMITE DEL MUNDO CONOCIDO» Ceuta, es una ciudad autónoma española de 18 km², en la orilla africana del Estrecho de Gibraltar, con una población de 85.000 personas, en la cual se intercalan diferentes culturas y religiones, como la cristiana, musulmana, y en menos escala, judía. Su puerto, tiene una posición estratégica, e importante, en relación al Estrecho – desde los tiempos de ensueño, «flanqueado por las



columnas de Hércules», promontorios que marcaban el «límite del mundo conocido» –, como la comunicación entre el Mediterráneo y el Atlántico.

Ceuta - depende del «Tribunal Superior de Justicia de Andalucía, Ceuta, y Melilla», con sede en Granada, y desde el aspecto eclesiástico enmarcada en la «Diócesis de Cádiz y Ceuta» –, ahora fue invadida por un movimiento pasivo pero coordinado, y si bien los liberales están de acuerdo en cuanto a la libertad de movimientos de personas entre Estados, no se bajo cualquier condición. No se puede arribar sin contrato laboral, y menos llegando a modo de asalto, acción que no descarta ser una «estimación» en cuanto a toma de poder en nombre del imperio de Marruecos.

Esta agitación de personas no es natural, porque no prima la necesidad de integrarse a una sociedad, sino demuestra una especie de conflicto cruzado, vulnerabilidad de frontera, ninguna preocupación del gobierno de Pedro Sánchez, ni estar alerta respecto a un Marruecos que, desde el perfil estratégico, como también por su arsenal para desestabilizar, estaría llevando adelante una remake de la «Marcha Verde», cuando más de 300 mil personas invadieron el Sahara español, y cuya táctica enfocó hacia una marcha civil, de corte pacífico, evitando la respuesta militar por parte de España.

«Marcha verde» fue el nombre dado por el gobierno de Marruecos a la penetración y posterior ocupación militar de la entonces Provincia Española del Sahara Occidental, en 1975, época en la cual el gobierno de España comenzaba a abandonar el territorio, como acto de descolonización de África.

El plan – alzamiento civil camuflado con unidades militares –, contó con el desarrollo logístico del «Departamento de Estado de los Estados Unidos», y la «CIA», quienes consideraron más «potable» un Sahara marroquí, a uno satélite de Argelia, el cual integraba un bloque comunista.

Ahora, en el «conflicto Ceuta», existiría una organización como «ala de confianza y respaldo» al gobierno de Marruecos, teniendo como objetivo

la reconquista de «Canarias» – «La Gomera», «Fuerteventura», y «Lanzarote», dejando a España, «Gran Canaria» y «Tenerife» –, Ceuta, y Melilla, planificación que fuera concretada por Hassan II, rey de Marruecos, entre 1961, hasta su muerte en 1999.

En la crisis de 1965 en Marruecos, Hassan II marginó el Parlamento, dejó de lado la Constitución, y para no perder su condición de monarca dio poder a «tradicionalistas» al imponer el islam como religión del Estado, mientras en forma paralela recibió respaldo de la ultraizquierda, a la cual le consintiera sus exigencias.

En los hechos recientes en Ceuta, el autócrata Mohamed VI desvió su mirada cuando miles de personas traspasaron la frontera de la autónoma ciudad española, los servicios de Inteligencia de Rabat y Ceuta continuaron disfrutando otro capítulo televisivo de algún culebrón español, y no se dieron cuenta a través de dispositivos, de la avanzada de 72.000 marroquíes desbordando el puerto.

La «Comisaría General de Extranjería y Fronteras» de España, debe informar si, la entrada de personas procedentes de Marruecos fue una «acción concertada e impulsada por una organización criminal».

La Justicia marroquí llevó a 11 personas a la cárcel por participar en el «armado turístico», e incidentes, durante el cruce masivo.

Otros 9 detenidos fueron condenados a 6 meses de cárcel, por facilitar la salida clandestina por lugares distintos a los pasos fronterizos habilitados, y 20 personas son procesadas por delito de uso de armas.

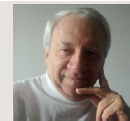
Cerca de 90 seres humanos, fallecieron.

Rabat – incómodo vecino de España –, sostuvo que, Ceuta, es «una plaza ocupada»; el gobierno de Pedro Sánchez no ha escalado la situación política, como tampoco demostró interés en hacerlo, limitándose a decir: «fue un ataque a la integridad territorial», pero evitó atribuir responsabilidades y no exigió una respuesta diplomática, hecho que, en cierta forma, provocara un agujero político. Hace apenas seis años el primer ministro de Marruecos, Saadedine El Othmani, manifestó: «llegará un día que vamos a reabrir el asunto de Ceuta, territorio marroquí, como el Sahara».

Estaba pensando... ¿Y si Hércules, abatiera sus columnas?

Lorenzo AGUIRRE

Periodista. Escritor. Asesor Cultural, Músico. Director de Orquesta





Zósimo NOGUEIRA
Comisario General (r)

Hay que conciliar las fortalezas del Estado con las libertades de su gente. No me gusta y no quiero perder libertades, a nadie le gusta perderlas. No quiero allanamientos nocturnos, ni con este, con el siguiente o con el otro gobierno. No lo quiero por mí, ni por el que piensa distinto. Tampoco cambiar porque en otros lados lo hicieron, los constituyentes fueron sabios y en nuestro país se han vivido épocas turbulentas.



Esa inhibición es una barrera para posibles y eventuales desbordes del poder estatal que no impide cometidos de policía y justicia, solo mantiene una escala de valores y preeminencia.

La diversidad de opiniones en todo tema de interés común debe ser dicha. Nadie debe ser arriado por un cencerro o el tropel de las masas. Si todas las voces son oídas. Comparando se mejora la toma de decisiones.

Mientras cosechamos muertes y sorteamos tempestades, comento la entrevista del periodista Wilmar Amaral en Tv Ciudad al Catedrático en Derecho Penal Dr. Germán Aller. Analizando las propuestas de mano dura.

El ministro del Interior Dr Carlos Negro al referirse a mano dura se pregunta qué va a ocurrir cuando caen los capos. Dice, Se espera una respuesta que a veces se da y otras no. Cuando esto ocurre sobre personas y bienes puede haber puja por remplazos y para reponer.

Que hay sistemas que quieren mano dura.

Aller dice en Nueva York en la época de Giuliani fueron los tiempos de mayor enfrentamiento, y en general lo que se logró fue un desplazamiento del accionar criminal mafioso.

Otro caso es Bukele en el Salvador; con sentencias al barrer, un modelo despótico en un país con poco conocimiento de democracia plena. Parece ser que la mano dura va a eliminar el delito.

En sistemas de mano dura, siempre que se ha aplicado la criminalidad ha ido en alza. Cuando sale lo hace con más odio. A su entender Cuanto más derecho liberal hay menos criminalidad.

La gente quiere vivir en paz, todo modelo de mano dura siempre quedo a media agua.

La pobreza no es causa de criminalidad, pero si las desigualdades por mejor acceso a los bienes. Las frustraciones.

Cuando hablan de libertad anticipada hay grito al cielo. Está claro; ninguna libertad anticipada debe ser ideada sola para descomprimir.

Sobre los jóvenes, los hay muchos con periplo violento, pero otros no.

En Alemania se discutía la edad de imputabilidad y mientras muchos apuntaban a reducirla a 15, 16, 17 años y un importante grupo decía de mantenerla en 18 años, se oyó la voz de un destacado profesor que dijo que la misma debía elevarse a 22 o 23 años, pues muchos de 18 años parecen de 16, le falta fraguarse en la sociedad.

Dice Aller si esto lo trasladamos al sistema carcelario estos jóvenes, primarios o no. Deberían estar separados.

El proceso de evolución en las cárceles es tremendo, se impregna de cosas no buenas. Es un problema general no exclusivo de nuestras cárceles y ese colapso carcelario trae reclamos y motines en su mayoría por cosas básicas. Comida, higiene, visita, etc...

Cuando digan ¿consultamos? que digan a quienes y qué dijeron

La situación de las cárceles es un indicador del grado de evolución de la sociedad. ¿Cómo seremos evaluados si conocen nuestra realidad?

Habla del divorcio entre la política y la academia.

La política busca que la gente tenga mejor calidad de vida, los trata a los académicos con gran respecto, pero no les hacen caso. ¿Para qué nos preguntan?

En el año realizo unos 10 informes sobre proyectos de ley.

La decisión siempre es de los políticos, pero cuando dicen que los consultaron deberían decir cuando se les dice que no.

Sobre la prohibición de las drogas, no comparte el consumo pero que un criterio liberal sería permitir el consumo de todo y no como se ha hecho. Dice de regular. Que el consumo en nuestro país nunca fue delito.

Sobre leyes como la de seguridad ciudadana del 95, la LUC, ley de trata, de lavado de dinero advirtieron de cosas negativas.

Sobre la de violencia de género, que en lo penal nadie sabe lo que deroga y que no. Redondea, es como la palabra tratamiento. Uno trata y otra miente.

En otras intervenciones le he oído de grandes desaciertos del Código de Proceso Penal, del texto y de su aplicación. Desigualdades que afectan a la defensa y aumentan la vulnerabilidad de sus defendidos.

Que son voces elogiosas o críticas. Solo eso. Que lo que más vale además de la familia y los afectos, es el tiempo que no vuelve. Nadie lo va a devolver

Comparto casi todo. Pero en seguridad, aplicación de justicia y cárceles cobra vigencia aquello de Ortega y Gasset de que el hombre es él y sus circunstancias. También la sociedad es afectada por sus circunstancias.

La nueva cárcel de mujeres.

En 2024 la administración anterior comenzó la construcción de la nueva cárcel de mujeres en Chacarita de los Padres y Camino 17 metros. Punta de Rieles. Obra público-privada construida por la empresa TEYMA de acuerdo estándares internacionales para alojar a 846 personas y una posibilidad ampliación para 1015 plazas.

Celdas para 3 y 5 personas; también celdas individuales. Tiene 66 plazas para pre egreso y 30 para alojar a personas trans. Área para talleres, recreación y salud. Fue una inversión de 46 millones de dólares con plazo de construcción de 21 meses.

A fines de este mes de julio, finalizada la obra se procedió al traslado de las 796 reclusas que estaban alojadas en el ex sanatorio Musto ubicado en la periferia de Colón.

Una nueva y alentadora forma de vida, más digna, que solo será real y valedera si la convivencia se realiza manteniendo el orden y armonía. Entre las mujeres también hay abusos y violencia de lo que poco se habla. Así era el ex COMCAR; por malas políticas carcelarias hoy vemos su crítica realidad.

Me afilio a lo dicho por el Dr. Aller en cuanto a la juventud.

Para tener esperanza en la recuperación de parte de ellos se deben construir nuevas cárceles y desde el comienzo prestar atención a los jóvenes (primarios o reincidentes) muchos aún están verdes emocional e intelectualmente y en proceso de formación.

Esas nuevas cárceles deben estar distantes de las actuales y ser construidas con las características que ya he señalado. Celdas individuales, espacios comunes reducidos y menor posibilidad de comunicación con el exterior en especial con las ramificaciones criminales

Priorizar la seguridad individual y a libertad de conciencia de los presos para recién ahí enfocarse en tratamientos, educación, trabajo y recreación

Pero una noticia de actualidad genera alarma pública. (Montevideo portal) Un proyecto del Senador Sebastián Sabini para despenalizar el ingreso de Cannabis a las cárceles. Sumemos 2 + 2.

El actual Comisionado parlamentario para las cárceles es Daniel Radio, quien estando a cargo del IRCCA promovió el cultivo de cannabis con mayor thc por la demanda de más «pegue» durante su gestión se planeaba la venta a turistas. Turismo «macoñero»

Otra más. El director del Ceres Ignacio Munyo sobre el crecimiento del Estado. Hace 25 años existían 60 entidades públicas, hoy son 139.

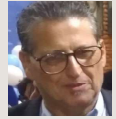
El estado uruguayo no para de crecer y eso lo pagan todos los ciudadanos.

Crearemos la figura del distribuidor de Marihuana para los presos, Mercado pago, del proveedor a la celda.

Policías y operadores penitenciarios llevando y distribuyendo marihuana a presos.

La Retórica del Vacío Argumental

Orlando ALDAMA VIGNONE
Técnico en Comunicación Social.
Docente. Relacionista Público



Un Análisis Exhaustivo de la Descalificación y las Falacias como sustitutos del Razonamiento Lógico. El uso de la descalificación y las falacias no suele ser el punto de partida de un orador, sino un recurso estratégico que se activa cuando se han agotado las razones, las pruebas y los datos sólidos. Este fenómeno se manifiesta como un «refugio» para quien no puede o no quiere aceptar que su postura carece de argumentos suficientes para ser defendida con éxito.

La adopción de estas estrategias discursivas puede interpretarse como un acto de deshonestidad intelectual, en lugar de un simple error. La decisión de recurrir a la agresión o al engaño retórico es un reconocimiento tácito de la fragilidad de la propia posición. En lugar de un acto de valentía, que implicaría admitir la falta de argumentos, se trata de una estrategia de evitación y agresión. Esta elección estratégica se opone directamente al concepto de honestidad intelectual, que es un valor digno de respeto y fundamental para la construcción de una dialéctica constructiva.

MECANISMOS PSICOLÓGICOS Y COGNITIVOS El uso de la descalificación y las falacias está profundamente arraigado en mecanismos psicológicos.

El razonamiento motivado es la fuerza impulsora detrás del sesgo de confirmación, un fenómeno en el que los individuos priorizan el apego emocional a sus propias creencias por encima del razonamiento lógico. Cuando una persona se ve impulsada a defender una creencia a toda costa, ignorando la evidencia contradictoria, es más propensa a utilizar falacias lógicas para justificar su postura, incluso si es defectuosa.

Asimismo, la falta de argumentos válidos a menudo genera frustración, la cual se canaliza en agresión verbal o en ataques personales. La descalificación y el insulto se convierten en manifestaciones de esta frustración, un mecanismo psicológico para menoscabar la autoridad o fiabilidad del oponente.

La descalificación no solo desvía el argumento, sino que también busca anular la capacidad del oponente para continuar el diálogo. Su objetivo no es únicamente desacreditar una idea, sino avergonzar al interlocutor para que «guarde silencio o pierda credibilidad ante los demás». Este mecanismo demuestra que el uso de estas tácticas es una estrategia para suprimir el discurso, lo que convierte el debate de un intercambio de ideas en un conflicto por dominación. El efecto final es la destrucción de la posibilidad de un entendimiento mutuo.

FUNCIÓN PRAGMÁTICA DE LA DESVIACIÓN Y LA MANIPULACIÓN Desde una perspectiva pragmática, la descalificación y las falacias operan como rupturas intencionadas de los principios de cooperación comunicativa. Al desviar el tema central, se viola la máxima de la pertinencia, llevando la discusión a un terreno irrelevante o personal.

La función principal de estas tácticas es la manipulación de la percepción del público. La descalificación actúa como un «distractor» diseñado para evitar que se ponga en evidencia la debilidad del razonamiento. Mediante este proceso, se influye en las emociones del público, generando un rechazo hacia el oponente que, a su vez, se transfiere a sus ideas. El siguiente cuadro sintetiza estas motivaciones y funciones:

TAXONOMÍA DE LAS FALACIAS DE DESCALIFICACIÓN Y RELEVANCIA Para un análisis exhaustivo, es fundamental clasificar las falacias más comunes que se utilizan como sustitutos de los argumentos. Las falacias informales, en particular, son herramientas retóricas que se centran en el contenido y la pertinencia de las premisas. El siguiente cuadro presenta una tipología de estas falacias.

FALACIAS AD HOMINEM: EL ATAQUE PERSONAL EN DETALLE La falacia *ad hominem* es, por definición, un tipo de ataque personal que busca desacreditar una postura al atacar a la persona que la defiende, en lugar de refutar la idea en sí misma.

La estructura de esta falacia es simple y poderosa: «A afirma x; B afirma que A tiene algo cuestionable; luego, por extensión, B afirma que x es cuestionable». Es una de las falacias más frecuentes en las discusiones sobre política.

Existen tres tipos principales de ataques *ad hominem*:

Ataque personal directo (o abusivo): Consiste en un ataque descalificatorio e insultante. Un ejemplo claro es la frase «Eres estúpido, así que tu opinión no puede ser válida».

Ataque personal circunstancial (o indirecto): En este caso, el ataque no se dirige a la persona, sino a las circunstancias que la rodean, como sus intereses, afiliaciones o cualquier aspecto que pueda asociarse a su manera de pensar.

Por ejemplo: «Dices todo esto porque quieres hundir al presidente». Un tipo de este ataque es la descalificación por asociación, que invalida una posición por haber sido sostenida por un grupo considerado «cuestionable».

Falacia *Tu Quoque* (Tú también): Esta variante crea la ilusión de refutar un argumento al señalar que la persona que lo propone no actúa de manera coherente con esa idea. Es una forma de evadir una acusación respondiendo con otra. Ejemplo: «¿Cómo puedes hablar de corrupción si tú mismo eres un corrupto?».

FALACIAS ASOCIADAS A LA DESCALIFICACIÓN DE LA FUENTE Además del ataque directo, existen falacias que atacan la credibilidad de la fuente de manera más sutil. El hombre de paja (*straw man*) es una de ellas. Esta falacia consiste en distorsionar el argumento del oponente, creando una versión más débil o exagerada del mismo, para luego refutar esa versión modificada. El nombre es una metáfora que ilustra la creación de un «argumento falso» o una «representación irreal» que es fácil de derribar. Ejemplo: «Dices que quieres reformar el sistema de justicia penal. ¿Qué, quieres liberar a todos los criminales?».

La presencia de esta falacia a menudo revela una falta de voluntad para entablar un debate reflexivo, lo que se relaciona directamente con el razonamiento motivado.



Otro sofisma similar al *ad hominem* es el envenenamiento de las fuentes, que busca desacreditar de antemano cualquier cosa que provenga de una persona o fuente en particular, volviendo indeseable o inaceptable cualquier afirmación que pueda emitir.

OTRAS FALACIAS INSTRUMENTALES DE LA DESCALIFICACIÓN Otras falacias son instrumentales para la descalificación en un sentido más amplio. La falacia *ad verecundiam* (o apelación a la autoridad) vincula la veracidad de una proposición a la autoridad de quien la defiende, incluso si dicha persona no es una experta en el tema. Por ejemplo, usar la opinión de un científico reconocido sobre un tema que no es de su campo de especialización para validar una idea. La falacia *ad populum* (o apelación a la popularidad) da por cierta una idea simplemente porque es creída por muchas personas, apelando a menudo a las emociones y a los prejuicios colectivos. Afirmaciones como «siempre se ha hecho así, por lo que es la forma correcta» o «los inmigrantes vienen a quitarnos los trabajos» son ejemplos típicos de esta falacia.

Finalmente, la falacia del falso dilema reduce la complejidad de un problema a solo dos opciones, cuando en realidad existen muchas más. La estructura de esta falacia es: «Existen A y B; no es cierto A; por lo tanto, B». Esta táctica se utiliza para simplificar un debate y forzar al interlocutor a elegir entre dos posturas extremas.

LA DESCALIFICACIÓN EN EL DEBATE POLÍTICO El discurso político es un terreno fértil para el uso de la descalificación y las falacias. Un análisis de los debates parlamentarios españoles muestra que las falacias más frecuentes son las de pertinencia, como el *ad populum* y el *ad hominem*. Este hallazgo empírico es significativo, ya que demuestra que la retórica política se enfoca más en la eficacia persuasiva a través de la emoción y el ataque personal que en la validez lógica de los argumentos. Las tácticas falaces son, por tanto, una estrategia dominante, diseñada para impactar directamente en la percepción del oponente y de la audiencia.

Los ejemplos de este tipo de retórica son numerosos. En debates parlamentarios, es común el uso de preguntas complejas que fuerzan al oponente a admitir una crítica dañina. Por ejemplo, la pregunta retórica: «Usted resiste, y yo no tengo prisa, pero mientras tanto, señor González, ¿qué pasa con España? ¿Está usted seguro de que España puede permanecer en esta situación? ¿Está usted seguro de que España no tiene prisa?».

Este tipo de cuestionamientos no busca una respuesta, sino que busca desacreditar al oponente al implicar que su inacción está dañando al país.

El uso de la desinformación en los debates también se manifiesta a través de falacias. El *fact-checking* de un debate presidencial reveló que diversas afirmaciones fueron calificadas como «engañosas» o «falsas».

Por ejemplo, hubo quienes llegaron a afirmar «que algunos niños tuvieron que comer pasto», una aseveración que, esta basara en como mucho en una «leyenda urbana», luego se pudo constatar que se trataba de una vil desinformación.

También es de uso la manipulación de datos a través de la exageración o la omisión, tratándose de una falacia que se disfraza de argumento válido para desviar el foco y generar una percepción errónea, cuando no sembrar desconfianza.

DESINFORMACIÓN DIGITAL Y EL ROL DE LAS REDES SOCIALES El entorno digital y las redes sociales han creado un caldo de cultivo para la descalificación y las falacias. El anonimato y la velocidad de propagación magnifican su impacto. Un caso particularmente grave es la violencia digital, que a menudo se manifiesta como desinformación de género. Este tipo de contenido falso o manipulado tiene como objetivo perpetuar estereotipos y socavar los logros de las mujeres, especialmente de las figuras políticas.

El proceso suele seguir una secuencia: se difunde material falso, a menudo con etiquetas denigrantes, lo que culmina en insultos y agresiones directas como reacción al contenido. Este uso de la descalificación y las falacias a menudo se basa en la falacia de conexiones falsas, donde titulares o imágenes no respaldan el contenido real, o en el uso de contenidos manipulados para crear narrativas sesgadas. La desinformación de género es un ejemplo claro de cómo la descalificación se utiliza para silenciar voces y socavar el debate democrático.

DEBATE Y EL PENSAMIENTO CRÍTICO El uso de la descalificación y las falacias tiene profundas consecuencias en la calidad del debate público. Al sustituir la razón por la agresión, el debate se degrada, convirtiéndose en una «lucha por tener la razón a toda costa» en lugar de un intercambio de ideas constructivo. Este deterioro afecta directamente la toma de decisiones, ya que distorsiona la percepción de la realidad y puede llevar a conclusiones erróneas basadas en emociones, en lugar de en un análisis racional.

Un hallazgo crucial en este campo es que los ataques *ad hominem* tienen el mismo impacto en la opinión de una persona que los argumentos lógicos y científicos. Esta equivalencia demuestra que, al valorar los argumentos, la sociedad no siempre se basa en la objetividad. La generación de rechazo hacia un oponente a través del ataque personal provoca un rechazo automático hacia sus ideas. Este fenómeno de transferencia psicológica explica por qué estas tácticas persisten: son persuasivamente eficaces, incluso si carecen de validez lógica.

IMPLICACIONES EN LA SOCIEDAD Más allá del debate individual, el uso constante de la descalificación y las falacias tiene serias implicaciones para la sociedad en su conjunto. En primer lugar, erosiona la confianza en los interlocutores y, de manera más amplia, en los procesos democráticos. Cuando el debate se percibe como una serie de ataques personales y engaños, la fe en la política y en el diálogo constructivo se ve seriamente comprometida.

Además, estas herramientas son mecanismos comunes en la publicidad y la propaganda, diseñadas con el propósito de manipular la opinión pública y crear confusión. Al dividir y polarizar a la sociedad, la descalificación fomenta un clima de hostilidad que puede llevar a un cinismo tóxico, una actitud que duda de todo y de todos, lo que finalmente paraliza el diálogo y la colaboración.

ESTRATEGIAS PARA IDENTIFICAR Y CONTRARRESTAR LA RETÓRICA FALAZ Para contrarrestar eficazmente la retórica falaz, es vital desarrollar una serie de habilidades de pensamiento crítico. A continuación, se presentan algunas estrategias prácticas para reconocer la descalificación y las falacias:

Escuchar con atención: Identificar los puntos clave de un argumento y evaluar si las conclusiones se basan en premisas sólidas y relevantes.

Cuestionar la relevancia: Cuando una crítica se dirige a la persona en lugar del argumento, es una señal de alerta. La pregunta clave es si las características del orador son realmente pertinentes para la validez de su afirmación.

Identificar estructuras comunes: Familiarizarse con las estructuras de las falacias más frecuentes, como la forma «X afirma Y; X es cuestionable; por lo tanto, Y es cuestionable», permite detectarlas de manera más eficaz. Cuestionar los supuestos propios: Es fundamental ser consciente del propio razonamiento

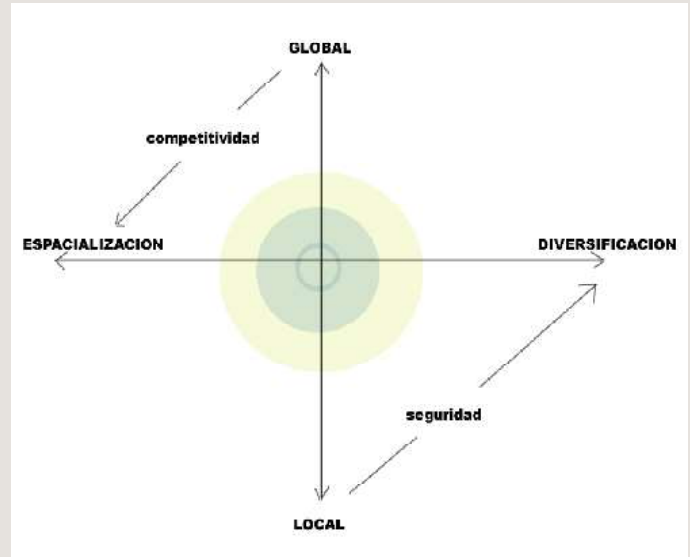
motivado y del sesgo de confirmación, y estar abierto a cambiar de opinión si la evidencia lo justifica. El objetivo es ser escéptico (cuestionar las afirmaciones) sin caer en un cinismo tóxico (dudar de todo).

Hacia un Debate Constructivo: Cuando se enfrenta a un ataque falaz, la respuesta más eficaz no es responder con otra falacia. Responder con la misma moneda solo degrada el debate y legitima la táctica. La estrategia más recomendable es reorientar la discusión hacia el argumento original.

Para ello, es útil seguir estos pasos:

Identificar el ataque: Reconocer que la descalificación o la falacia se ha producido.

Exponer la táctica: Se puede señalar la falacia de manera explícita sin necesidad de descalificar al interlocutor.



Reorientar la discusión: Volver al tema principal y pedir al oponente que presente argumentos válidos. Ejemplos de respuestas efectivas son: «Si ya terminó de insultar, me gustaría escuchar sus argumentos» o «Olvídese de mis palabras. Imagine que alguien más las dijo, ¿bajo qué razones las rechazaría?».

La protección contra estos argumentos engañosos se logra manteniendo una mente abierta y fomentando una cultura de debate basada en el respeto y la honestidad intelectual.

HACIA UNA CULTURA DEL DEBATE BASADA EN RAZONES Y EVIDENCIA

La descalificación y las falacias son síntomas de la fragilidad argumentativa. No son simples errores, son herramientas estratégicas utilizadas cuando el razonamiento lógico falla o es inexistente.

Su uso está impulsado por mecanismos psicológicos como el razonamiento motivado y la frustración, y su función es pragmática: desviar la atención, manipular la percepción del público y silenciar al oponente. En un entorno digital dominado por la información efímera y la polarización, estas tácticas son particularmente efectivas, ya que apelan a la emoción en lugar de a la razón, lo que compromete la calidad del debate público y la capacidad de la sociedad para tomar decisiones informadas.

La erosión de la confianza, la manipulación de la opinión y el fomento del cinismo son las graves consecuencias de una cultura del debate que privilegia la agresión sobre la evidencia. El antídoto reside en la práctica constante del pensamiento crítico, la capacidad para identificar la retórica falaz y la voluntad de reorientar el debate hacia la búsqueda de la verdad. Promover una cultura de la tolerancia y el respeto por la honestidad intelectual es el camino para fortalecer el diálogo, enriquecer el intercambio de ideas y, en última instancia, consolidar una sociedad más robusta y reflexiva.

La libertad responsable y el estado batllista

Gustavo GÓMEZ RIAL
Abogado. Escritor



Seguramente todos recordarán ese eslogan potente que hizo responsable a la mayoría de la población de cuidar por su propia salud y la de quienes nos rodeaban. Aunque las cifras finales en términos de personas fallecidas, luego de la pandemia, fueron de mayor entidad de la que hubiésemos esperado, de cualquier modo, la tasa de mortalidad promedio del total de años de pandemia estuvo bastante por debajo de la media global comparada con las cifras de prepandemia. Asimismo, el país pudo recuperar más rápidamente su economía y evitar otros perjuicios enormes para la salud física y mental de su población.

Leído con mucha rapidez, todo parece un éxito de la libertad responsable. Sin embargo, a ese involucramiento de la población promovido desde el Estado, debe sumarse nuestro más que centenario cuidado por la Salud Pública que, mal que le pese a Salle, incluyó amplias campañas de vacunación contra varias de las enfermedades que causaban más decesos (incluso durante gobiernos militares: Ley N° 15.272). Todo ello, acompañado por un robusto sistema hospitalario y de atención policlínica pública que nadie quería

esfuerzo sobrehumano de Alejandro Atchugarry. No dejemos que todo lo que levantamos en décadas termine de romperse en pocos años.

Vos también eres responsable, libertario. No repitas ese discurso simplista de renegar sistemáticamente y de manera insistente contra la burocracia como si el mal que nos ocurre fuese debido a esa «mala costumbre» de soñar con un Estado de bienestar construido en base a normas comunes, a leyes, en base a nuestra Constitución y a unos derechos que nos hacen iguales ante la ley y que nada tienen que ver con la estupidez legislativa de quienes fragmentaron al país para repetir las mismas normas decenas de veces y encerramos en un galimatías o en un laberinto de alcaldías y de cargos de costura para el planetario. No confundamos el cuerpo con el tumor porque es más fácil aún que la libertad devenga en un libertinaje cuando no se tienen normas. Porque hoy los gurúes de la autorregulación reclaman más de eso para sus industrias, mientras señalan con el dedo al Leviatán que ahoga toda iniciativa.

Sí, es justo dejarlos respirar para dejar que crezca la iniciativa privada. Es justo y nos conviene. Pero en esa marea que se viste de coalición hay colorados que lo piden convencidos y algunos que al hacerlo renegan de la razón batllista mientras sonríen para las cámaras. Como si el quid del asunto estuviese en construir un Estado eficiente para el inversor y con eso «ya vas que te matas» (como dicen en España).

En ese abanico ideológico de los partidos, hay quienes, en vez de pretender reconstruir aquel Estado eficiente, justo e igualitario para todos, querían tener la libertad del más



descuidar. Así sumamos un hospital del Cerro como ejemplo de ese compromiso nacional. Ahora, ya mismo esperaríamos el inicio de las obras de un hospital dotado de los mayores recursos para el norte del país como el que ya es ejemplo en Cerro Largo. Muy poco habría hecho la libertad responsable sin una ciudadanía educada y capaz de sentirse responsable. Deberíamos asegurarnos de seguir en ese mismo rumbo y no permitimos retroceder. De casi nada nos habría servido sentirnos libres y responsables de nosotros mismos de no haber tenido agua potable, agua limpia con la que higienizamos. Y electricidad, saneamiento, buenas comunicaciones. O al menos las que se supieron mantener porque fueron construidas en años en los que el Batllismo verdadero guardaba el mejor fruto para sus ciudadanos y promovía el mejor esfuerzo de la población para cuidar aquello que era y es de todos.

En algún punto maldito de nuestra historia lo que debía ser de todos fue de nadie o de unos pocos. Lo que debió ser objeto del mayor cuidado y del esfuerzo honesto se desmonetizó como un billete viejo sin encaje monetario; y el éxito de ser un funcionario público ya no fue el de servir al país sino el de cobrar un sueldo sin otra obligación de resultado. Y, aun así, las viejas estructuras de nuestro Estado batllista aguantaron. Resistieron las obras, las visiones preclaras fueron tan resistentes como los puentes de Lucio Cáceres. Los planes nacionales dieron viviendas y no subsidios. Las obras dieron trabajo y no promesas utópicas. Las inversiones (esas que hoy no llegan) olieron otra solidez y no sólo nuestra libertad responsable. Toda esa confianza construida premió el

fuerte en el Far West; mientras otros querrán seguir su lucha justiciera por abrir un comité vecinal que decida para cada manzana en cada barrio.

Porque al final, la mala película de buenos y de malos es la que se vende como Corín Tellado.

Los unos: ¡Hay que colgar en la plaza pública a la Inteligencia Artificial! Nos quita los trabajos.

Los otros: Únicamente hay que dejarle las llaves al ladrón y el tomará sólo lo que necesita. Sé amable para que vuelva a visitarnos.

¿Y si resultase que las verdaderas empresas buscan certezas y normas claras antes que un cajón de saldos de oportunidades?

Y los enormes cambios se aproximan y tendremos que salir a jugar este partido con tres yesos de burocracia inútil y un bastón que no necesitamos. Pero, ojo que nadie ha dicho que salgamos desnudos a enfrentarnos a lo que se viene rechazando un buen paraguas de normas esenciales tan necesarias como un vaso de agua.

Una vez más, parecería que muchos aceptan la fácil de no hacer nada. Se hacen los osos, lo saben. Parece que diese más dividendos dejar que todo ocurra cuando tenga que ocurrir mientras escuchas: «Another Day in Paradise» (Phil Collins)

¡Qué difícil es lograr un equilibrio estable para la República! ¿Cuánto tardaremos en recuperarlo? ¡A despertar, ciudadanos, antes que no queden ni los platos de la balanza!